



RAMÓN CORRAL VERDUGO

# JOSÉ MARÍA LEYVA CAJEME

## UNA BIOGRAFÍA

SERIE ESTAMPAS DE LA REVOLUCIÓN

# **JOSÉ MARÍA LEYVA CAJEME**

UNA BIOGRAFÍA

SERIE ESTAMPAS DE LA REVOLUCIÓN

RAMÓN CORRAL VERDUGO

# JOSÉ MARÍA LEYVA CAJEME

UNA BIOGRAFÍA

**CULTURA**

SECRETARÍA DE CULTURA



**SECRETARÍA DE CULTURA**

Alejandra Frausto Guerrero

*Secretaria de Cultura*



**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS  
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO**

Felipe Arturo Ávila Espinosa

*Director General*

MÉXICO 2022

# AL LECTOR<sup>1</sup>

El apunte biográfico [que hace Ramón Corral] sobre Cajeme nos ofrece sugestiva ilustración con respecto al caudillo yaqui. Este indio es el más completo representativo de la heroica tribu y su más destacado guerrero. Inteligente, de sutil astucia. Al propio tiempo que con extrema rigidez sometía bajo su férula a dicha tribu, lo mismo que a los mayos, aparentaba cierta organización democrática. Las resoluciones trascendentales se tomaban en asamblea de gobernadores, pues cada uno de los pueblos de ambas naciones tenía su gobernador, como hasta hoy; pero el mañoso capitán sabía cómo valerse de medios para hacer prevalecer su voluntad simulando acatar la de la mayoría.

Pródigo en recursos, usaba de sus facultades, una de las cuales consistía en natural y espontánea elocuencia, para insinuarse en la asamblea *soberana*; y así, imponiendo la orden fingía prestarle a aquella total sometimiento. Psicólogo intuitivo, conocía la eficacia del desplante teatral del político habilidoso. Nos cuenta el biógrafo que en cierta ocasión, un indio que ejercía influencia en la tribu, Yorigelipe, fraguó una intriga para privar al caudillo de su preponderancia. Cajeme reunió al consejo y ante él depuso en tierra su espada, símbolo de autoridad, con gesto de renunciación, manifestando que abdicaba su investidura. Aquel senado sintió vacilar la estabilidad de la nación y movido por arranque íntimo aclamó al caudillo y le confirmó su adhesión. Yorigelipe hubo de ser sancionado con la confiscación de

<sup>1</sup> Texto tomado de la “Advertencia al lector” hecha por Horacio Sobarzo Díaz, y que sirve de introducción al libro: Ramón Corral, *Obras históricas. Reseña histórica del estado de Sonora, 1856-1877. Biografía de José María Leyva Cajeme. Las razas indígenas de Sonora*, Hermosillo, Sonora, Fondo “Alberto Cubillas” para la Difusión de la Geografía e Historia de Sonora, 1959 (Biblioteca Sonorense de Geografía e Historia, 1), pp. 7-21.

Portada: José María Leyva Cajeme, *ca.* 1880.

Fortunato Hernández, *Las razas indígenas de Sonora y la guerra del Yaqui*, Lámina entre las pp. 124-125.

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM, 2022

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM),

Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,

Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.

[www.inehrm.gob.mx](http://www.inehrm.gob.mx)

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-306-0

HECHO EN MÉXICO



José María Leyva Cajeme, ca. 1880.

Fortunato Hernández, *Las razas indígenas de Sonora y la guerra del Yaqui*, Lámina entre las pp. 124-125

sus bienes y el destierro del río Yaqui, pena la más inclemente para un *yoreme*<sup>2</sup>, alejarlo de la tierra amada.

Los problemas de la misma índole no eran resueltos por Cajeme en idéntica forma, sino de acuerdo con las circunstancias del momento. Otras veces la oposición contra su autoridad o las maniobras enderezadas contra ella eran castigadas con mano de hierro. Así, el poder del capitán se sustentaba, ya en la aquiescencia general, ya en el temor que inspiraba su energía.

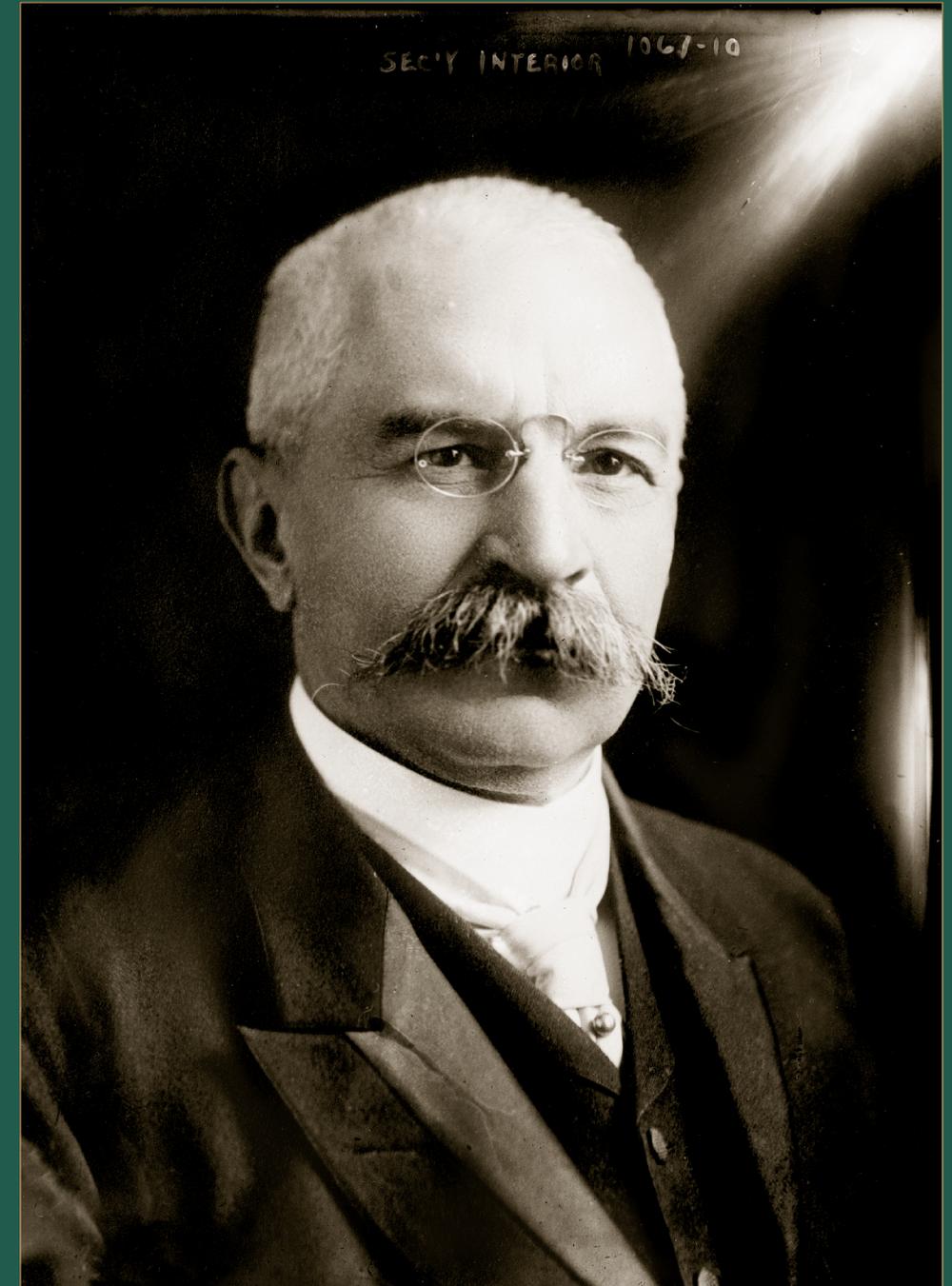
Su vida sin sosiego, alerta contra la sorpresa y amenazada por lo imprevisto, le exigía la actividad constante de la guerra. Las divergencias internas de la tribu, los celos, los resentimientos y las rivalidades se posponían ante el peligro común y la exaltación ciega que padecía la misma tribu durante la lucha, hacía también olvidar los agravios que a la mayor parte de los indios inferían el largo cacicazgo y los procedimientos extremos a que era inclinado Cajeme.

El ímpetu de los yaquis declinaba periódicamente ante la superioridad y la fuerza constantemente renovada del gobierno. Había que tomar aliento, que ocurrir al subterfugio de someterse para recuperar la energía perdida. Así lo proponían frecuentemente algunos guerreros prudentes. Se agotaba la tribu después de cruentos sacrificios, en verdad increíbles; pero el jefe no padecía quebranto. Se llegaba hasta el aniquilamiento; los grupos famélicos y extenuados se entregaban a discreción. El capitán seguía en la contienda. Claro que en su caso rendirse era lo mismo que ofrecerse a la muerte. Pero para individuos que no tuviesen su entereza y resistencia inaudita, la muerte sin vacilación era preferible. Por lo menos recurrir a la fuga y buscar el refugio lejano. Cajeme no pensaba en ello. Continuaba la lucha, siempre con la misma fe y con repuestos bríos. Tras larga campaña, la falta de recursos era completa y sólo la extenuación y el hambre aminoraban el denuedo; pero no la altivez innata e ideosincrática de la tribu yaqui. Se entre-

<sup>2</sup> En la lengua cahita *yoreme* significa "indio", sin ningún dejo despectivo, sino al contrario, ser humano en el más excelente sentido del término. *Yori* se le llama al blanco. Esta voz connota menosprecio y en lo pasado se aplicaba también a la fiera.

gaban por la fuerza ineludible de las circunstancias impelidos por la necesidad suprema. *Sin embargo de aquella miseria tan grande*, nos dice el autor, *nunca se les oía proferir una queja y la soportaban con verdadero orgullo. Ni los niños revelaban jamás con el llanto el hambre que los devoraba y que tenía sus cuerpos macilentos y enjutos*. En los niños, precisamente en ellos, se mostraba el carácter indomeñable de la valerosa tribu.

En tales condiciones el caudillo a salto de mata, seguido por un haz de adictos, eludía la persecución implacable y despiadada. Su cuerpo habituado a las mayores inclemencias del tiempo, acostumbrado a las más agobiantes privaciones y prolongadas marchas, se extenuaba, pero el espíritu no se abatía. Cuando el cronista lo visitó en su cautiverio, extrañó no encontrar un hombre fornido, como se lo imaginaba. Lo interrogó sobre la causa de su delgadez, y, franco y sencillo, explicó con llaneza: *porque no es lo mismo estar comiendo y durmiendo bien todos los días que andar por los montes escondido sin comer y sin dormir casi nunca*. En esta respuesta se percibe un dejo festivo. Durante la charla que sostuvo el señor Corral se produjo con naturalidad. Del relato se desprende que la entrevista se celebró en un plano de igualdad. Para el yaqui no hay raza, ni casta, ni estirpe superior. A lo sumo acepta, y no fácilmente, la condición de semejante y ya esto constituye concesión especial. Sabía que don Ramón desempeñaba el cargo de secretario de gobierno. Sin embargo, no mostró lo que hoy ha dado en llamarse *complejo*, es decir, sentimiento de inferioridad. En la conferencia se manifiesta el jefe indio explícito y sin reticencias, sin duda bajo la impresión de la cordialidad del visitante. En éste eran notorias su benevolencia, su tolerancia y su espíritu humano. Pero Cajeme no trata de ganarse su favor, ni le hace la más leve sugestión para que interponga sus buenos oficios. Se condujo con deferencia y dignidad y no se observó en él ni gesto falso ni actitud premeditada. Su ademán natural ocultaba la convicción de que vivía sus últimos días. No abrigaba la menor duda de su próximo fin y así lo expresó con la ingenuidad de quien habla de un acto normal. Su empresa culminaba en uno de los extremos del dilema previsto y libremente acatado de antemano. No conocía la historia de la tribu, pero alentaba bajo su signo. El guerrero yaqui se arrojaba a la contienda para vencer o morir; mas no con la desesperanza de que no



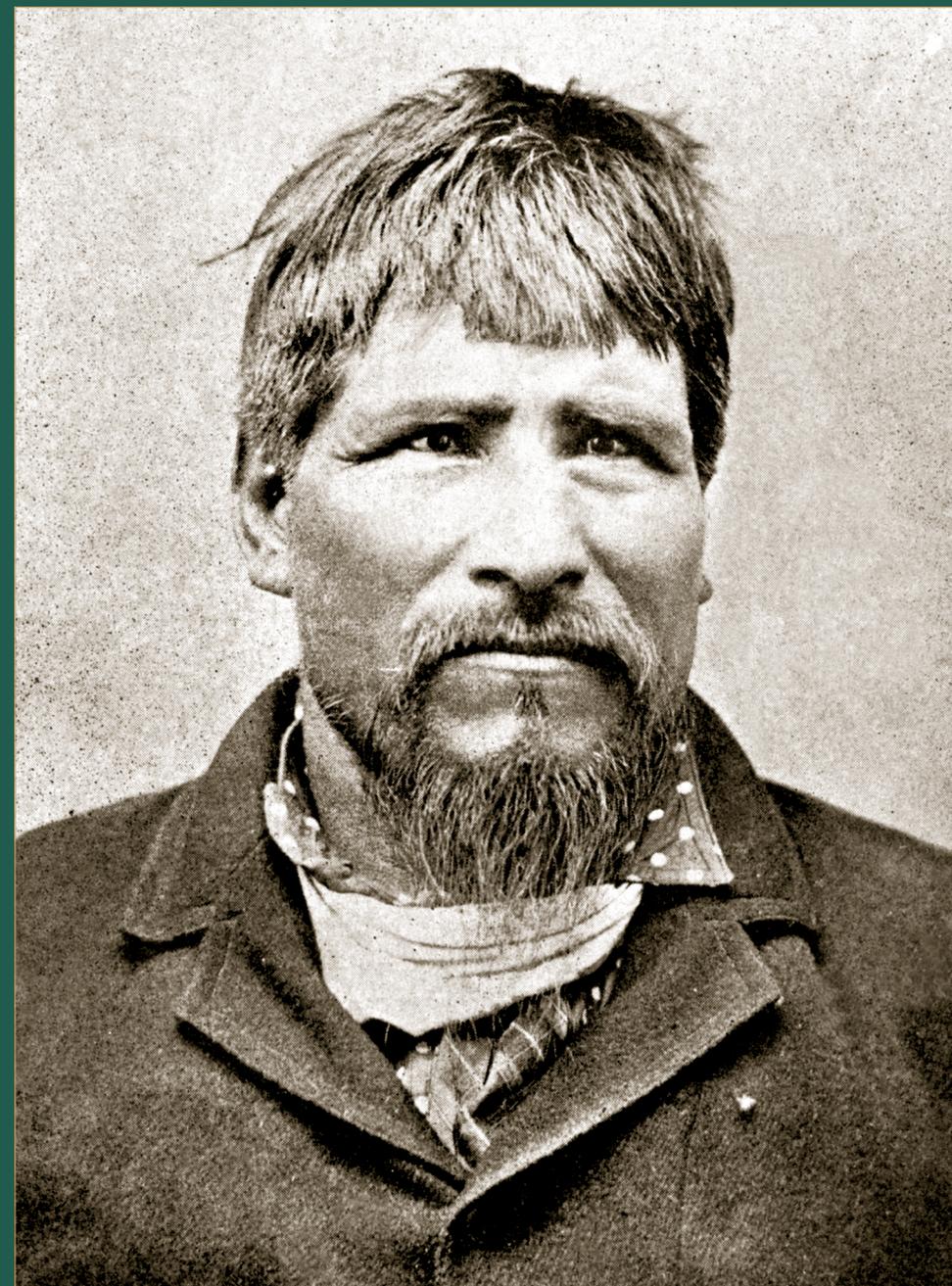
El vicepresidente Ramón Corral, ca. 1904.  
Biblioteca del Congreso de Estados Unidos

era fácil lograr lo primero. La tradición había echado en olvido un pasado glorioso, tan remoto. Los hechos de que se tenía memoria indicaban que la disyuntiva era ilusoria. Al indio siempre le tocaba morir, de manera que al realizarse la alternativa, con gallarda actitud prestaba asentamiento al disfavor de la fortuna.

El apunte biográfico de Cajeme abarca un breve lapso de la guerra del Yaqui; pero así, es una síntesis intensiva de la historia cruenta de la tribu; de ese drama secular en que el heroísmo estéril, lo mismo que el sacrificio, se prodigan día a día, por espacio de un siglo. Los yaquis se enfrentaron al conquistador Diego Martínez de Hurdaide por los años 1610 a 1615 y lo derrotaron en tres campañas sucesivas. Después se sometieron obteniendo concesiones y permanecieron largo tiempo en paz porque conservaron su autonomía. Cuando ésta se sintió amenazada, en 1740, surgió la pugna sangrienta y devastadora. Encabezó la rebelión Baltazar con impetuosa agresividad, pero fue derrotado en Tecoripa por el capitán Agustín de Vildósola y allí murió mostrando un coraje digno de Leónidas. Sus seguidores Muni, Bernabé y Juan Calixto fueron después apresados y pagaron con su vida su intento de expulsar al blanco advenedizo de las tierras de la tribu. Muchos años después, en 1825, surgió otro caudillo, que lo era de respetables proporciones, Juan Banderas, quien tuvo el mismo fin que sus antecesores. Fue ejecutado por las fuerzas del gobierno. De aquí en adelante la lucha se desarrollará sin tregua hasta muy avanzada la tercera década del presente siglo.

El destino deparó la misma suerte a Cajeme, como verá el lector. Lo sucedió en la jefatura de la tribu Juan Maldonado *Tetabiate*, que murió combatiendo.

De todos los capitanes indios el que mostró mayores facultades y más capacidad para influir en su pueblo y moverlo fue Cajeme. Concurrían en su persona distintas cualidades como hemos dicho. Así el autor nos lo presenta al final de su apunte en un bosquejo emotivo que nos despierta interés y simpatía hacia este desventurado indio que, de gran calidad, sin duda, se frustró como la mayor parte de los valores de nuestro pueblo, especialmente de nuestro pueblo indígena, abandonado a su suerte.



Tetabiate.

Fortunato Hernández, *Las razas indígenas de Sonora y la guerra del Yaqui*, Talleres de la Casa Editorial J. de Elizalde, México, 1902. Lámina entre las pp. 150-151

Hemos dicho que Cajeme fue el más distinguido capitán de la tribu yaqui. Efectivamente, y por ella luchó con denuedo y sin descanso, haciendo por ella los mayores sacrificios y sufriendo las más grandes privaciones. Pero este individuo inició su carrera militar como soldado del gobierno y con tal carácter hubo de combatir a sus hermanos rebeldes. Estos indios llaman *torocoyori* al individuo de su raza que los combate sirviendo al gobierno. Si han odiado intensamente al blanco, al *yori*, su aversión para el militar que los ha perseguido cobra proporciones satánicas. Así se concebirá la repulsión que se ha captado al congénere o paisano que ha formado parte de las huestes contrarias, adunando [sic] [aunando] en su persona el carácter de indio de la propia raza y soldado del gobierno en la campaña del Yaqui. *Torocouori* es forma hondamente despectiva. *Toroco*, turbio, mezclado y extensivamente híbrido, advenedizo, traidor. Cajeme llegó a la suprema jerarquía gozando del favor del gobierno. En ciertas épocas de relaciones convencionales entre la tribu y el mismo gobierno, éste reconocía el aparente sometimiento de aquélla que en realidad gozaba prácticamente de autonomía. Entonces le nombraba un CAPITÁN GENERAL de su propia raza, especie de interpósita persona no muy de fiar, como lo fue nuestro indio que, investido de ese carácter, sublevó a la tribu imponiéndose como caudillo, la tribu lo siguió cautivada por su prestancia y dominada por su energía; pero no conservó de él grata memoria, ni lo recuerda con el cariño y devoción debidos a un héroe. La tribu no olvida que si bien es cierto que Cajeme fue el más grande capitán, fue asimismo, desgraciadamente, *torocoyori*.

HORACIO SOBARZO<sup>3</sup>

Hermosillo, Sonora, julio de 1959

<sup>3</sup> Nació en 1896 en Magdalena de Kino, Sonora. Murió el 19 de abril de 1963 en Hermosillo, Sonora. Se graduó como abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad Nacional de México en 1925. Fue juez penal en Nogales en 1928; oficial mayor y magistrado del Tribunal Superior de Justicia del Estado de Sonora de 1929 a 1937; fundador del Partido Acción Nacional (PAN), delegado a la Asamblea Constitutiva por Sonora y consejero nacional de 1939 a 1941, año en que se separó de ese instituto político.

## BIOGRAFÍA DE JOSÉ MARÍA LEYVA CAJEME<sup>1</sup>

Ramón Corral Verdugo<sup>2</sup>

El último cabecilla del Yaqui, el terrible Cajeme, cuyo nombre resuena hace dos años en toda la República, acaba de ser aprehendido por el Gral. Ángel Martínez, Jefe de la Primera Zona Militar, en San José de Guaymas. Este guerrero indio, que nos hace recordar a los héroes legendarios de la época de Xicoténcatl, célebre en Sonora desde hace doce años por la dominación que ha sabido ejercer en las tribus yaqui y mayo, manteniéndolas independientes, ha adquirido proporciones colosales extendiendo su fama por todo el país, durante la última guerra que aquellas razas belicosas han sostenido con las fuerzas del Ejército Nacional.

<sup>1</sup> Ramón Corral, *op. cit.*, pp. 147-192.

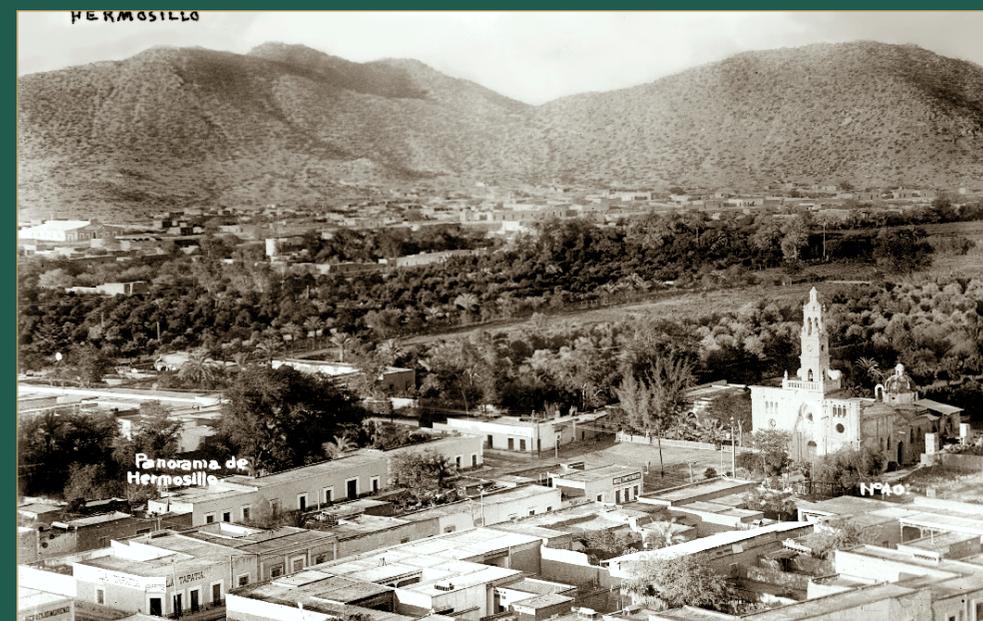
<sup>2</sup> Nació en Álamos, Sonora, el 12 de enero de 1854 y vivió toda su infancia y formación junto a su familia en Chihuahua. En 1873 dirigió los periódicos *El Fantasma* y *La Voz de Álamos*; más tarde, al mismo tiempo que desarrolló una larga carrera política continuó enfocándose en las letras, principalmente el periodismo. Entre sus trabajos se destaca la entrevista que realizó a Cajeme y que aquí reproducimos. Como político fue electo vicegobernador constitucional de Sonora para el cuatrienio de 1887 a 1891, y electo gobernador constitucional de 1895 a 1899. Nombrado vicepresidente de la República por el general Díaz a principios de 1904 fue exiliado junto con él y viajó a París, donde enfermó y murió de una afección cancerosa el 10 de noviembre de 1912. El gobierno de la República Francesa lo nombró Comendador de la Legión de Honor.

Y en verdad que esa fama es bien merecida. La lucha ha sido prolongada y terrible y durante ella, Cajeme ha dado pruebas no solamente de un valor que nadie se atreve a negarle, sino también de una constancia y una firmeza a prueba de infortunios, herencia de su raza indomable.

Yo lo he visto en su prisión en Guaymas, en el mismo alojamiento del Gral. Martínez, quien tiene la noble generosidad de guardar al vencido toda clase de consideraciones. De él mismo he recogido los datos que me sirven para escribir estos apuntes y si he de ser justo, debo confesar que, a juzgar por lo que sabemos en Sonora de la vida de este indio y que él mismo me ha repetido con la mayor ingenuidad, todos los antecedentes que voy a consignar tienen el mérito de la exactitud.

José María Leyva Cajeme nació en Hermosillo en el año de 1837. Sus padres fueron Francisco Leyva y Juana Pérez, yaquis de raza pura, el primero originario del pueblo de Huírivis y la segunda de Pótam. Los primeros años de su vida los pasó nuestro héroe en el pueblo de Ráum, sumido en esa profunda ignorancia y en esa obscuridad que son comunes a los hijos desheredados de su tribu. El único incidente que turbó la monotonía de aquella existencia fue un viaje a California en 1849. Francisco Leyva,<sup>3</sup> acompañado de su hijo, dejó su querida tierra Yaqui y formó parte de una de aquellas memorables expediciones que se lanzaban como una avalancha en pos de los fabulosos placeres de oro que como una creación de la lámpara de Aladino, habían brotado en los entonces desiertos de California. Nuestro héroe tenía apenas doce años y aún se acuerda de una vez en que la codicia de los americanos, obligó a un grupo de mexicanos a defender su oro, arma en mano, como sucedía muy a menudo en aquella agrupación de aventureros que no tenían más Dios que el oro ni más ley que la fuerza. Al lado de su padre empuñó el joven Leyva un fusil, hasta que una transacción entre mexicanos y americanos hizo deponer las armas.

<sup>3</sup> Padre de José María.



Panorama de Hermosillo, ca. 1900.  
Biblioteca del Congreso de Estados Unidos

Después de mucho tiempo de penalidades y trabajos, consumiendo en las necesidades más imperiosas de la vida todo el oro arrancado a la tierra con afanes sin cuento, rendidos de cansancio y perdida la esperanza de hacer fortuna, Francisco Leyva y su hijo emprendieron la vuelta a su hogar, como otros muchos, con el desaliento en el alma y con unas cuantas migajas de oro en el bolsillo.

Los padres de Cajeme no eran de esos indios sin aspiraciones y embrutecidos que encierran toda su ambición en la necesidad brutal de satisfacer el hambre; habían vivido entre los blancos y comprendían las ventajas de la civilización; la madre aún vive, la conozco y me consta que además de ser una mujer que está muy lejos de merecer el nombre de salvaje, reúne a una inteligencia clara, aunque inculta, una energía increíble en una anciana de setenta años.

La cultura embrionaria de los padres y las dotes que veían o adivinaban en su hijo, los impelió a mandarlo a Guaymas a la escuela, poniéndolo bajo el cuidado del Prefecto Don Cayetano Navarro. De los 16 a los 18 años estuvo, pues, el joven José María cursando las aulas y logró aprender a leer, escribir y las primeras nociones de la aritmética.

En aquella época fue cuando recibió su bautismo en la guerra. Conocido nos es el heroico episodio del 13 de julio en que fue derrotado el filibustero conde de Rousset Boulbon. Cajeme dejó el libro elemental para empuñar el fusil y tomó parte en la memorable jornada como soldado del batallón "Urbanos".

Los escasos conocimientos adquiridos en la escuela y aquel episodio despertaron en el joven indio otras ambiciones. Quiso conocer el mundo y se apoderó de él ese deseo de viajar y de vivir por sí mismo que siempre se desarrolla en ciertas organizaciones, y sin permiso de sus padres, se lanzó en busca de aventuras, como un nuevo Gil Blas. Llegó a Tepic y la necesidad de buscarse la vida y de aprender algo útil que le sirviera para continuar sus viajes, lo llevó al taller de un herrero en donde aprendía ese duro oficio, cuando nuestras continuas revoluciones de aquella época lo hicieron de nuevo empuñar el fusil; fue cogido de leva a fines de 1857 y filiado en el batallón "Fijo de San Blas".

Rudo, por demás, le pareció el oficio al joven recluta y desertó a los tres meses, yendo a refugiarse al mineral de Motaje, al pie de la

Sierra de Acaponeta, en donde conoció a Don Ramón Corona, que es ahora uno de los jefes más notables de nuestro Ejército y que entonces desempeñaba el empleo de administrador de una negociación minera; pero tampoco allí permaneció largo tiempo y emprendió un viaje a Mazatlán. En Acaponeta fue aprehendido por sospechoso y sólo consiguió ser puesto en libertad por influjo del mismo Corona y continuó su marcha hasta el puerto mencionado.

Corría el año de 1858, la guerra de reforma se extendía encarnizada por toda la República. El Gral. Yáñez se había pronunciado en Mazatlán en favor de los reaccionarios y ocupaba aquella plaza, en ausencia del jefe, el Gral. Espejo. Don Pablo Lagarma, con algunos batallones de la guarnición reaccionaria de Mazatlán, se declaró por la restauración constitucional y sitiaba al puerto, y el Gral. Don Santos Degollado había ocupado a Guadalajara después de un mes de sitio. En estas circunstancias Corona y algunos otros patriotas, se pronunciaron en Acaponeta en favor de la Constitución de 1857 y nuestro joven Cajeme se decidió a seguir aquella causa y se presentó como soldado en las fuerzas de Lagarma. Poco después pasó a un batallón de Sonora compuesto de pimas, ópatas y yaquis y concurrió al combate de los Mimbres en que las fuerzas liberales al mando de Coronado derrotaron al general reaccionario Iguanzo que había salido de Mazatlán.

El general Pesqueira, Gobernador de Sonora, jefe de las fuerzas que operaban sobre aquel puerto, después de algún tiempo de permanencia en Cosalá, renovó el sitio y el 3 de abril de 1859 tomó la plaza a viva fuerza. El cuerpo a que pertenecía Cajeme se distinguió en aquel hecho de armas, arrojándose a la bayoneta sobre los fortines del enemigo.

Después de la toma de Mazatlán, el Gobernador Pesqueira, con una parte de sus fuerzas, regresó a Guaymas en el vapor "Santa Cruz", Cajeme venía allí y en este puerto fue dado de baja.

A la sazón se encontraban alzados los indios yaquis y el Gobierno del Estado mantenía en el Médano una pequeña guarnición para contenerlos. Cajeme se presentó voluntariamente al jefe de aquella fuerza para combatir a los rebeldes y prestó allí sus servicios hasta que el destacamento se retiró a Guaymas por no poder resistir el gran número de sublevados.

En aquella época memorable, las revoluciones eran en Sonora el pan de cada día y a su regreso de Sinaloa, Pesqueira halló levantado en armas al partido gandarista, viéndose precisado a emprender nuevas luchas. Cajeme sirvió en sus fuerzas, como cabo de artillería, durante algún tiempo, hasta que restablecida un tanto la paz, fue dado de baja. Viene luego un periodo de varios años en que nuestro héroe vivió con esa vida obscura y pacífica de los indios medio civilizados que habitan nuestras poblaciones, sin que ningún incidente turbara la monotonía de aquella existencia, hasta que en 1867, con motivo de un serio alzamiento de los yaquis, se abrió una nueva campaña sobre ellos, con fuerzas que el Gobierno del Estado puso a las órdenes del coronel Don Próspero Salazar Bustamante. Cajeme formó parte de estas fuerzas como jefe de una guerrilla de caballería. Aquella campaña fue una de las más sangrientas de las que se han emprendido sobre los yaquis y Cajeme tomó parte en ella en contra de los de su raza. Su conocimiento del terreno y de las costumbres de los indios, su astucia y su valor, lo pusieron en aptitud de prestar importantes servicios en aquella guerra. Desde fines de 1867 hasta junio de 1868, duró aquella lucha en el río Yaqui, lucha fecunda en combates y desastres para los indios, que fueron perseguidos con verdadero encarnizamiento. Los servicios que durante ella prestó Cajeme, lo hicieron ascender a Capitán y se le dio el mando de una compañía de 100 hombres.

En 1873 se pronunció en Álamos Carlos Conant proclamando la Constitución reformada de 1872 y después de algunos incidentes que no es de este lugar mencionar, perdida la esperanza en el triunfo, se refugió en el territorio de Chihuahua atravesando la Sierra Madre. El Gobierno del Estado había puesto algunas fuerzas en persecución de los pronunciados, entre otras, 400 hombres al mando del coronel Salazar Bustamante, a quien se le incorporó Cajeme, en su marcha para Álamos, con seis hombres que había podido reunir. Salazar siguió a los restos de Conant hasta la Villa de Chínipas, en territorio de Chihuahua y Cajeme tomó parte de aquella expedición como Capitán de caballería a las órdenes de Jesús Amavisca.

Terminada esa campaña, nuestro héroe fue enviado a Córorit con algunos indios que habían servido en ella, con la comisión de darlos de baja en aquel pueblo.

La historia sangrienta de las tribus yaqui y mayo, durante la segunda mitad del siglo, presenta una uniformidad que sólo fue interrumpida por la última campaña en que han sido completamente vencidas en la guerra y han quedado sumisas al Gobierno bajo respeto de las armas federales, que mantienen en ambos ríos una paz absoluta. Antes de esta campaña, todas las que se habían hecho contra esos indios guerreros no obtuvieron jamás sino resultados a medias. Las tribus se levantaban con cualquier motivo, declarándose en abierta rebelión contra las autoridades establecidas; se extendían por el territorio inmediato robando ganados y conduciéndolos al centro de la región sulevada para enriquecerse con el fruto de su rapiña; el Gobierno abría campañas sobre ellas con fuerzas insuficientes para dominarlos por largo tiempo, y después de uno o más combates en que los indios quedaban vencidos y de perseguirlos por los bosques con más o menos encarnizamiento, los caciques solicitaban el indulto ofreciendo mantenerse en paz, se les concedía, las fuerzas se retiraban y los indios quedaban independientes y nominalmente sujetos al Gobierno por medio de autoridades que éste les nombraba de entre ellos mismos, vínculo asaz débil y que ellos mismos rompían con la mayor facilidad, cada vez que se les antojaba, verificando un nuevo alzamiento. Entonces se abría campaña y se repetía exactamente lo que acabamos de reseñar.

En 1874, después de vencer la revolución de Conant, durante la cual Cajeme militó en las fuerzas del Gobierno, dándole pruebas de adhesión, fue nombrado Alcalde Mayor del Yaqui con el fin de mantener pacífica aquella tribu por medio de la influencia de un jefe de la misma raza que por sus dotes pudiera dominarla a la vez que seguir adicto al Gobierno que le proporcionaba el mando del río. Pero el Gobierno no contaba, al hacer ese cálculo, con la tendencia perdurable de los indios a conservarse independientes y no previó que la adhesión de Cajeme tenía que ser vencida por esa tendencia y por las sugestiones de la tribu entera que habían de impulsar a aquel cacique a rebelarse con los suyos, convirtiéndolo en un enemigo peligroso.

Así sucedió en efecto, y desde los primeros meses de 1875, con motivo de la fuerte oposición que se levantó en el Estado contra la administración Pesqueira, los yaquis, encabezados por Cajeme, comenzaron a dar muestras de una próxima insurrección y a fines del año estaban abiertamente rebelados y se reunían en masas considerables amagando desbordarse sobre el resto del Estado, en momentos en que el Gobierno de Don José J. Pesqueira luchaba sin descanso contra la popular revolución que acaudilló Don Francisco Serna.

Tales eran los temores que inspiraba el Yaqui, que, aun dejando encendida la tea revolucionaria, el Gobernador Pesqueira se resolvió a emprender personalmente la campaña sobre el río y el 26 de noviembre marchó de Guaymas con 500 hombres y una batería. El primero de diciembre llegó a la Pitahaya y se apoderó de las lagunas que hay en aquel punto, único lugar en que se encuentra agua antes de llegar al Yaqui. Cajeme, que había salido de Torin en la madrugada de aquel mismo día a la cabeza de 1500 indios, llegó a la Pitahaya un poco después que las fuerzas del Gobierno y no pudiendo posesionarse del agua, se situó a poca distancia hacia la cordillera del Bacatete. Antes de romper las hostilidades, Pesqueira hizo algunas proposiciones a Cajeme, con la mira de someterlo sin necesidad de combatir; pero éste, lejos de aceptar aquel medio, hizo regresar al parlamento con esta respuesta: Diga usted al Gobernador Pesqueira que no me someto y que lo espero para el combate; rasgo de hidalguía no común en estos tiempos, y menos en los indios. Cajeme fue derrotado después de una lucha sangrienta en que sufrió una pérdida de 60 muertos y gran número de heridos y durante la cual los yaquis dieron pruebas de gran valor arrojándose a pecho descubierto sobre la artillería que los barría con sus descargas.

Esta derrota no fue más que el principio de la guerra y Pesqueira avanzó hasta el centro del territorio sublevado persiguiendo a los indios, que se defendían en pequeños grupos en los bosques, sin pensar jamás en rendirse.

La revolución sernista, tomando grandes creces en el Estado, obligó a Pesqueira a retirarse del río sin haber conseguido la sumisión de los sublevados, que quedaron orgullosos con su resistencia.

Desde entonces permaneció el Yaqui, sin interrupción sustraído de la obediencia del Gobierno y Cajeme, habiendo conquistado allí gran prestigio con la retirada de las fuerzas, entró de lleno en el goce de un poderío que se propuso conservar por medio de un sistema administrativo. Organizó los pueblos con sus Gobernadores, Alcaldes, Capitanes y Temastianes, funcionarios estos últimos de suma importancia entre los indios y que tienen a su cargo el cuidado de las iglesias y de los santos y la administración del culto religioso. Para las resoluciones de importancia que afectaran los intereses comunes de la tribu, estableció el sistema de asambleas populares que se reunían por mandato del mismo Cajeme cada vez que creía necesario consultarles algún asunto. Estas asambleas se componían de todos los indios en general, no tenían lugar fijo para verificarse; el jefe, por medio de los gobernadores de los pueblos, los convocaba determinando el lugar de reunión; el cacique exponía el negocio de que deberían tratar y se sujetaba a la resolución de la multitud.

La administración de justicia estaba en cada pueblo en manos de los alcaldes y gobernadores, y estos últimos, los capitanes y los generales, entendían en todo lo relativo a la guerra.

Esta organización imperfecta, sin leyes escritas que limitaran y detallaran las facultades de cada funcionario, daba, naturalmente, lugar a que el Jefe Supremo invadiera, cada vez que quería, las atribuciones de todos, resultando de ahí que su poder no tenía más limitación que la voluntad de lo que llamaban *los ocho pueblos*, expresada en las asambleas.

No descuidó Cajeme la organización de la hacienda; estableció un impuesto a las lanchas que hacían el comercio entre el Puerto de Guaymas y el Médano, por la desembocadura del río; cobraba derechos de peaje a los que traficaban por tierra, y vendía a los especuladores la sal que hacía extraer de los magníficos criaderos que hay en aquel litoral. Además de esto, hacía que cada pueblo destinara por cierto tiempo un número de indios para que sembraran y cosecharan maíz y frijol en beneficio del jefe de la tribu; este servicio era igualmente exigido en el Yaqui que en el Mayo y los pueblos tenían que mantener por su cuenta a los trabajadores. Otro de los ramos de ingreso era el rescate que exigía a los dueños de ganados que robaban los indios en los ranchos

inmediatos y que algunas veces eran devueltos a los que se atrevían a ir a reclamarlos, previo el pago de una cantidad que el mismo Cajeme señalaba.

Para adquirir elementos de guerra, se despojaba a los viajeros de sus armas; se recogían las de todos los desertores del Ejército, que siempre encontraban allí un refugio seguro; se exigía un corto número de cartuchos a cada patrón de las lanchas que iban de Guaymas, y poco a poco, sin hacerse notar se compraba parque en las poblaciones más inmediatas por medio de los indios que constantemente salían del río y volvían a él sin ningún obstáculo.

Con el fin de poner en acción el esfuerzo de todos, estableció Cajeme que cada Gobernador de un pueblo tuviera la obligación de tener pronto para la guerra, armados y equipados cierto número de hombres, y los gobernadores, a su vez, distribuían esa obligación entre los capitanes y estos entre la masa común de los indios.

Con esta organización, que a grandes rasgos hemos procurado trazar, Cajeme afianzó su dominación, la extendió hasta el Río Mayo, en donde tenía un lugarteniente que ejecutaba sus órdenes a todo trance y adoptó para sí el título de Capitán General de los Ríos Yaqui y Mayo. En los primeros tiempos tuvo un Teniente General, que lo fue Loreto Molina; pero en breve se disgustó con él y lo obligó a salir huyendo del río.

Durante la época de su cacicazgo se levantaron en el Yaqui diversas oposiciones contra Cajeme, pero siempre dominó a los que se atrevieron a pretender sobreponérsele. Una vez se formó una conspiración para hacer un levantamiento en su contra y matarlo; la descubrió a tiempo y fusiló a los que la encabezaban. En otra ocasión, un indio de alguna influencia, llamado Yorijelipe, padre de varios guerreros y dueños de algunos bienes, pretendió perder a Cajeme en el ánimo de la tribu aprovechando, para conseguirlo, una cuestión relativa a las salinas, la cual le ofrecía una coyuntura para dar a sus pretensiones el carácter de interés general a favor de los indios; pero Cajeme supo eludir el golpe reuniendo una asamblea en la que, dando cuenta de su conducta, tomó la espada, símbolo del mando, la puso en tierra y dijo que renunciaba el cargo de Capitán General y

deseaba que se le confiara a su mismo enemigo Yorijelipe. Los indios vacilaron un momento, pero al fin prorrumperon en aclamaciones a favor de Cajeme, le confirmaron el mando y confiscaron los bienes de Yorijelipe, a quien, además, hicieron salir del Río. De esta manera, sometiéndose en apariencia a la voluntad general y alardeando de que sólo desempeñaba el cargo de Capitán General por obsequiar los deseos de la tribu, para beneficio de ella y aún en contra de su propia tranquilidad y de sus intereses, Cajeme afianzaba su dominio y lo hacía cada vez más absoluto. Otro de sus medios más eficaces era halagar en los indios el sentimiento de la independencia, que es en ellos tan profunda.

Efectivamente, Cajeme los había salvado del sacrificio de someterse a la obediencia del Gobierno en la campaña de fines de 1875 y principios de 1876, los conservaba independientes de la dominación de los blancos, con su Gobierno y sus autoridades propias y les juraba morir en defensa de aquella situación y de la integridad de sus terrenos y esto constituía el mejor título para conservar su prestigio. Agregábase a eso su conocimiento de las tribus, su astucia para tratarlas y cierta elocuencia en su lenguaje, circunstancias todas que contribuían a mantener su superioridad.

Después del combate de la Pitahaya y de algunos disturbios de más o menos importancia en el Río Mayo, los indios vivieron en una paz casi satisfactoria en ambos ríos, hasta 1882. En ese año, por causas que no es fácil determinar, efectuaron un levantamiento durante el cual Cajeme siguió su sistema de no aparecer como el instigador, sino como un servidor de las tribus. A consecuencia de algunos incidentes en el Mayo, en donde el Gobierno de Don Carlos R. Ortiz se preparaba con fuerzas considerables, Cajeme resolvió moverse en el Yaqui; reunió gran número de guerreros y en principios de octubre penetró al Río Mayo y se situó en el Pueblo de Etchojoa con una masa de cerca de 3000 indios entre yaquis y mayos, fuerza que los jefes del Gobierno hacían ascender a más de 4000 hombres en los partes que rendían. Para mantener a sus soldados Cajeme destacaba pequeñas partidas sobre los ranchos inmediatos, las cuales recogían ganado que servía para alimentar tan numerosa hueste.

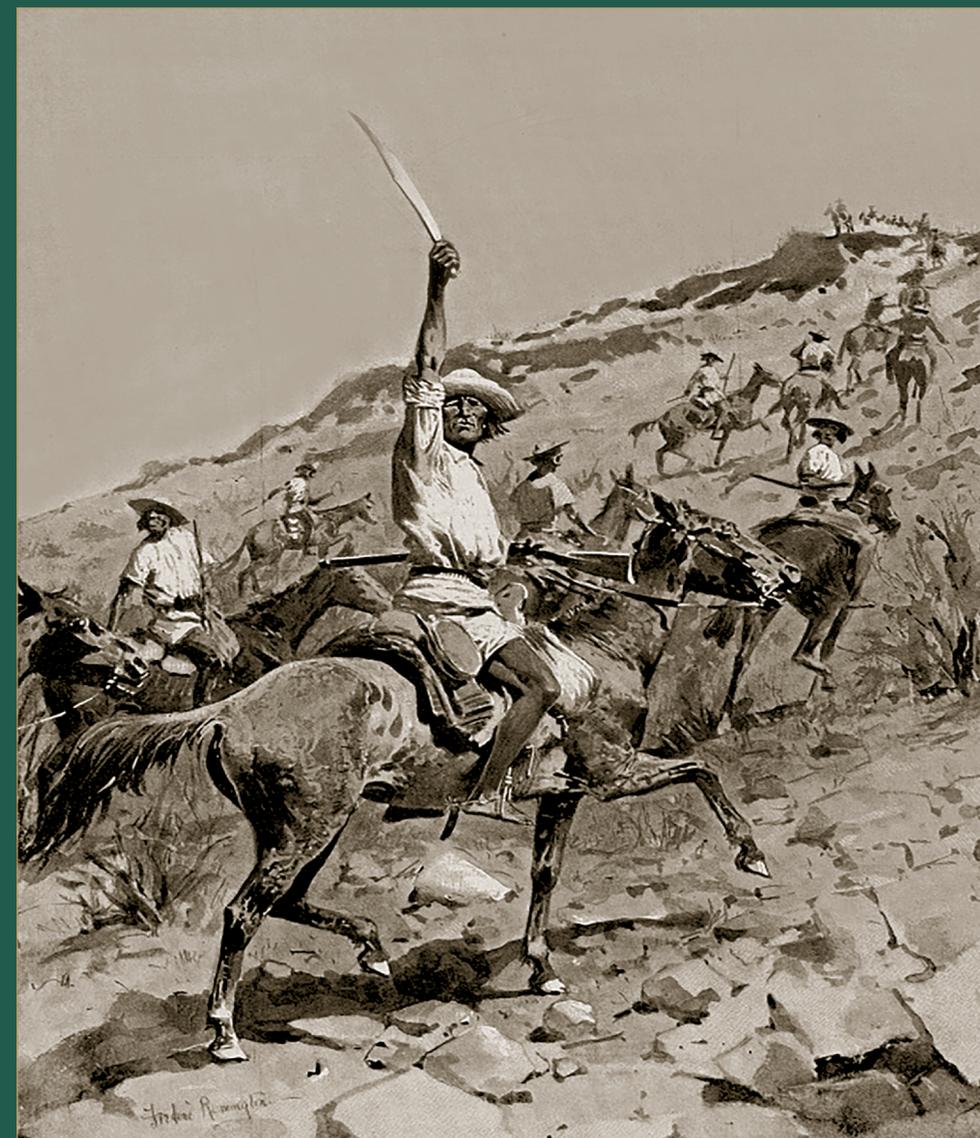
El Gobierno tenía sus fuerzas en Navojoa, en número como de 1000 hombres, a las órdenes de Don Agustín Ortiz, hermano del Gobernador.

El jefe indio, temeroso de una acometida y con el fin de estar más cerca de los ranchos que le proporcionaban la alimentación de sus tropas se movió de Etchojoa y se situó en Capetamaya, movimiento que ejecutó engañando a Ortiz y haciéndole creer que dividía sus fuerzas. Este creyó, en efecto, que no se habían situado en Capetamaya más que unos 1000 indios, y con el fin de sorprenderlos y darles un golpe que desmoralizara el grueso del enemigo, salió el 15 de octubre de Navojoa con 150 hombres de infantería y 130 jinetes; hizo una marcha violenta para sorprender a los 1000 indios que suponía en Capetamaya, mas al llegar a aquel rancho, en la mañana siguiente, se encontró allí a Cajeme en persona con todo el grueso de sus fuerzas. Se trabó un combate sangriento y terrible en que los soldados y oficiales de Álamos se batieron con denuedo. Cajeme resistió el choque con firmeza; se batió personalmente con valor y fue herido en una mano, de cuyas resultas perdió un dedo. Después de una larga y encarnizada refriega, los indios huyeron hacia el Yaqui y Ortiz y sus fuerzas salieron dispersos por diversos rumbos, quedando en el campo como 200 indios muertos. Las fuerzas del Gobierno tuvieron una pérdida de 15 muertos y 50 heridos.

Esa jornada, aunque poco feliz para Cajeme, le dio entre los suyos el prestigio de un valor personal de que dio pruebas durante el combate y los indios quedaron contentos porque aún cuando tuvieron que refugiarse en el centro del Yaqui, con su jefe herido, no se emprendió ninguna persecución sobre ellos.

No pudo hacerse esto porque las fuerzas de Ortiz habían quedado también muy mal paradas y disminuidas por la dispersión y porque en aquellos momentos se complicaron de tal manera los asuntos políticos del Estado, que el Gobernador Ortiz se separó del Gobierno y se marchó a la capital de la República.

Desde esa época y con sólo la excepción de algunas alarmas en el Mayo, los indios permanecieron relativamente quietos. Cajeme volvió al Yaqui y siguió gobernando a las tribus, contento de mantener



Frederic Remington, "Uprising of The Yaqui Indians - Yaqui Warriors in Retreat"  
(Levantamiento de los indios yaqui - Guerreros yaqui en retirada). Ilustración. *Harper's Weekly*,  
29 de agosto de 1896, p. 857. Museo de Bellas Artes, Houston, EUA

su independencia y su dominio absoluto sobre ellas. Previendo que necesitaría sostener nuevas guerras para prolongar aquel estado de cosas, dedicóse con empeño a proveerse de armamento, quitando a los viajeros que se aventuraban a entrar al Yaqui, toda clase de armas que llevaran, adquiriendo cartuchos por los medios que tenía ya establecidos y predicando con nuevo ardimiento la necesidad de resistir al dominio de los blancos.

Sin embargo, como sucede en toda dominación larga, el cacique yaqui había perdido en los últimos años mucho de su prestigio; en varios pueblos del río se oían murmullos de descontento y ya asomaba la cabeza una oposición que podía convertirse en una tempestad. Cajeme, que en los primeros años había guardado una conducta privada intachable, había ido poco a poco relajándola; de continuo se embriagaba y cometía faltas a los más débiles y junto con su intemperancia se había desarrollado en él el vicio de las mujeres, que lo hacía cometer atropellos muy mal vistos por una tribu cuya cualidad relevante es la honestidad. Pero la energía que había desplegado siempre para dominar y castigar a los descontentos, estaba viva en la memoria de los indios y nadie se atrevía a promover ningún disturbio interior. Muchos de los que no estaban satisfechos de aquella situación, porque hubieran sufrido en sus personas o en sus intereses las persecuciones de Cajeme, se habían salido del Yaqui y vivían o en Guaymas o en las haciendas del interior, esperando una oportunidad para destronar al que por tanto tiempo había dominado la tribu.

Algunos de esos descontentos se unieron al ex Teniente General del río, Loreto Molina, se armaron como pudieron y sigilosamente en número de 30 hombres, se embarcaron en Guaymas en una canoa, tomaron tierra en la ensenada de los Chiltepines y haciendo una marcha forzada se presentaron en la noche del 28 de enero de 1885 en la casa de Cajeme, en el lugar llamado los Guamúchiles, con el fin de apoderarse de él; pero Cajeme había emprendido ese mismo día un viaje al Mayo y no encontrándolo los asaltantes, le incendiaron la casa, atropellaron a su familia, hicieron fuego sobre algunos indios hiriendo a uno y tomando preso a uno de los generales de Cajeme, de nombre Juan Síquili y a tres indios más, emprendieron la marcha de regreso, no sin

que en el camino los alcanzara una partida de guerreros que los tiroteó consiguiendo que se escaparan los prisioneros.

En su tránsito al Mayo alcanzó al cacique la noticia de lo sucedido a su familia, regresó inmediatamente, ordenó que fueran detenidas en el Médano algunas lanchas de Guaymas que había allí a la sazón y dirigió una comunicación oficial al Capitán de Puerto de Guaymas diciéndole que aquellas embarcaciones no quedarían en libertad sino previo el rescate de 50 a 200 pesos por cada una, según su capacidad, que se pagarán en el término de 10 días después de cuyo plazo no debería contarse con las lanchas que no hubieran sido rescatadas. Al mismo tiempo envió a decir al Prefecto de Guaymas, por medio de un comisionado, que deseaba saber si el asalto sufrido en su casa había sido ordenado por la Prefectura o por el Gobierno, o si era obra exclusiva de sus autores; que en el primer caso hacía presente su extrañeza, pues él era un buen mexicano dispuesto a defender su Patria en cualquiera guerra extranjera, y en el segundo pedía que se persiguiera y castigara a los ejecutores de aquel atentado, pues de lo contrario, se vería obligado a tomar el desquite haciendo algunos daños en los puntos inmediatos al río.

Para que sus amagos no fueran vanos, Cajeme se ocupó desde luego en reunir a los indios por medio de sus lugartenientes, organizando con el fin de estar prontos para la guerra, dio órdenes al Mayo para que se hostilizara al Distrito de Álamos y como no se rescataran las lanchas que había detenido en el Médano, las mandó a incendiar y en número de 22 fueron presa de las llamas. Además destacó algunas partidas de sus soldados sobre los ranchos inmediatos a ambos ríos y ya para el 21 de febrero había cumplido su promesa de hacer daño, pues los indios habían atacado y robado el rancho de La Noria, cerca de Baroyeca, habían puesto fuego y destruido la pequeña hacienda de Las Termópilas, en el valle de Guaymas, dando muerte allí al señor Joaquín Salazar y habían llevado algunos ganados de los ranchos inmediatos al Mayo.

Así comenzaron las hostilidades en la última revolución del Yaqui; no la seguiré paso a paso en todos sus incidentes porque no sería pro-

pio de este lugar, y sólo referiré aquellos más notables que se relacionan más inmediatamente con el héroe de esta narración.

Mientras los indios se ocupaban de atacar los ranchos indefensos y robar en los despoblados y Cajeme organizaba sus elementos de guerra, el Gobierno Federal y del Estado se habían resuelto a emprender una campaña formal sobre las tribus hasta someterlas al orden y con tal fin se reunían fuerzas de guardia nacional en varios distritos y se concentraban las tropas federales hacia el teatro de la guerra, avanzándose algunos pequeños destacamentos rumbo al Yaqui en los lugares por donde los indios hacían más comúnmente sus salidas. Después de los preparativos necesarios, en los primeros días del mes de mayo, las fuerzas que se habían reunido, 800 hombres del Estado y 1 400 de la federación, emprendieron resueltamente su marcha sobre el Yaqui, una por La Misa, Llitaco, Mapole y la Pitahaya a las órdenes del General en Jefe, Don José Guillermo Carbó, y la otra por Buenavista, Jecatacari y Cócorit, al mando del general B. Topete, con el proyecto de reunirse en día determinado en el Pueblo de Torin, en el centro del territorio sublevado.

Cajeme, por su parte, se había ocupado de hacer sus preparativos de defensa; había reunido como 3000 guerreros en diversos grupos mandados por los generales de los pueblos, y para tener un punto de apoyo, había construido el fuerte llamado del Añil, cerca del pueblo de Vícam, en el centro de un espeso bosque a la margen izquierda del río. Este fuerte consistía en un ancho foso que abarcaba un recinto bastante extenso cortado medio a medio por la carretera que viene de Torin. Detrás del foso tenía una fuerte empalizada de gruesos maderos clavados en tierra capaces de resistir las balas de cañón. Detrás de esta empalizada estaban las fuerzas principales de los indios, divididas en varios grupos, cada uno de los cuales defendía determinado punto de la fortificación. Cajeme estaba allí y tenía a su cargo uno de los puntos de defensa. Dentro de aquel recinto se habían acopiado algunos víveres y ganados, y para no carecer de agua, Cajeme había hecho construir un camino cubierto hasta el río, en una distancia como de 800 metros.

Además de las fuerzas encerradas en el Añil, el cabecilla yaqui tenía a todo lo largo del río varias columnas expedicionarias y muchos grupos, más o menos importantes, que se ocupaban unos en reunir a los indios dispersos, y otros en el merodeo.

El general Carbó llegó al Médano, estableció allí su cuartel general para tener expeditas por mar las comunicaciones con Guaymas y despachó al general Lorenzo García con 600 hombres a fin de que, en el día determinado, se uniera con el general Topete en Torin.

Este jefe, desde su salida de Buenavista, tuvo que sostener constantes tiroteos durante la marcha, llegó sin ninguna novedad de importancia a Torin; se unió allí con García, y en seguida retrocedió con su columna hacia Pótam; dejó al coronel Lorenzo Torres en Torin con cerca de 500 hombres y él (Topete) con 600 soldados y una pieza de artillería, siguió el 16 de mayo hacia el Médano por la margen izquierda, en busca del Cuartel General. Esta columna tropezó en su marcha con la fortificación del Añil y el general Topete mandó atacarla con la infantería y con el cañón que llevaba; pero los indios, alentados con la presencia de Cajeme, la defendieron detrás de los parapetos y rechazaron a Topete obligándolo a retirarse a Vícam, dejando en el campo, 20 muertos y logrando salvar 50 heridos que tuvo, y el cañón, gracias al arrojo del coronel Juan A. Hernández, jefe de la caballería.

Este contratiempo por ligero que fuese, envalentonó a los yaquis, confirmó el prestigio de Cajeme, quien por primera vez entre ellos había introducido el sistema de guerra defensiva en puntos fortificados, y no dejó de hacer sufrir a la moral de las tropas del Gobierno. El cabecilla yaqui mandó entonces fortificar algunos lugares que juzgó ventajosos para la resistencia y dio órdenes a todos sus subalternos para no presentar batalla en ninguna parte y no batirse sino detrás de las trincheras. Este sistema obtuvo éxito por el momento y aunque las fuerzas del Gobierno derrotaban de continuo a las partidas de indios que lograban encontrar en campo raso y aún a las que llegaron a atacar en algunas fortificaciones, como sucedió en el cerro del Omteme, la verdad es que no se atrevían a tomar el Añil ni otros lugares dentro de los bosques en donde los indios se habían hecho fuertes.



General José Guillermo Carbó, jefe de la Primera Zona Militar con cuartel general en Torin, dirigió la campaña contra el Yaqui hasta su muerte, ocurrida en 1885.  
 Fortunato Hernández, *Las razas indígenas de Sonora y la guerra del Yaqui*,  
 Talleres de la Casa Editorial J. de Elizalde, México, 1902. Lámina entre las pp. 110-111

De esa manera se prolongaba la guerra y aunque Cajeme tenía la esperanza de que el Gobierno diera por terminada la campaña, sin otros resultados, como había sucedido constantemente, también temía que en esta vez insistiera en ella hasta hacer la conquista definitiva de las tribus y hacerle perder su dominio en los ríos. Con el fin de explorar el ánimo de los jefes del Gobierno y para ganar tiempo en espera de que llegara el mes de julio, época de las lluvias y de los grandes calores en que las operaciones se hacían más difíciles, Cajeme ordenó a sus generales Anastasio Cuca y Juan María que entraran en pláticas con el jefe del destacamento situado en Torin, ofreciendo someterse al Gobierno y vivir en paz a condición de que las fuerzas evacuaran inmediatamente el Yaqui; pero semejante convenio era inadmisibles, ni siquiera podía discutirse y se exigió a los sublevados que se sometieran entregando sus armas y sin concederles más garantías que las de respetar sus vidas e intereses, quedando sujetos a lo que el Supremo Gobierno tuviera a bien determinar respecto de ellos, condiciones que, por su parte, tampoco quisieron admitir.

En los incidentes que quedan narrados y en otros de importancia igualmente escasa, pasó el tiempo hasta el mes de julio, época en que se dispuso a retirar las fuerzas del Yaqui y situarlas en puntos donde a la vez que pudieron pasar cómodamente la mala estación, estorbaran a los indios salir del río a merodear.

Aquella retirada fue un triunfo para Cajeme; él y todos los indios consideraron que se daba por terminada la campaña y que continuarían como hasta allí viviendo independientes. La tribu había quedado arruinada con la guerra, pero eso era para ellos de un interés secundario; algunos bienes se habían logrado salvar en el fondo de los bosques y de las marismas, y para ir recuperando lo perdido y proporcionarse medios de vivir, dispuso Cajeme que todos los indios se ocuparan de sembrar y aun que restablecieran el pequeño tráfico comercial que tenían con Guaymas, en donde vendían los productos de sus pequeñas industrias y se proveían de lo que les hacía falta.

Pero aquella retirada de las fuerzas no era más que una ligera tregua y las operaciones deberían renovarse tan luego como pasara la mala estación. Muerto el general Carbó en octubre de 1885, quedó con

el mando provisional de las fuerzas el general Marcos Carrillo; el Gobierno dispuso que vinieran nuevas tropas para emprender otra vez la campaña, y Cajeme pudo convencerse de que en breve se renovarían las hostilidades. Los indios, que habían sufrido mucho durante la guerra y que seguían sufriendo graves necesidades porque no se les permitía mantener ningún tráfico con el resto del Estado, comenzaron a huir de los ríos en grupos más o menos considerables procurando refugiarse en las poblaciones del interior. En el Mayo estaba muy dividida la tribu entre la paz y la guerra y viendo Cajeme que necesitaba medidas severas para comunicar a los demás su energía y su decisión, emprendió un viaje a aquel río, mandó fusilar al cabecilla Andrés Capusari, que se había inclinado al partido de la paz, influyó confianza a los mayos y los dejó resueltos a continuar defendiéndose.

Se acercaba el momento de renovar las hostilidades y algunas personas de Guaymas deseando evitar, si era posible, nuevas desgracias a los indios, obtuvieron del general Carrillo permiso para entablar negociaciones con Cajeme, para ver si lograban someterlo convenciéndolo de su impotencia. Por medio de un yaqui le escribieron una carta el Cura Don Tomás G. de Galdeano y Don Nicanor Ortiz invitándolo a la paz; Cajeme contestó que podían ir al río a tratar de ella y, en efecto, los señores expresados y Don Nieves E. Acosta se presentaron en Pótam a mediados del mes de diciembre. En aquel pueblo estaban reunidos los gobernadores, generales y muchos indios de los *ochos pueblos* y dos representantes del Mayo, pues el cabecilla seguía su sistema de someter a la multitud las resoluciones de importancia y de interés común. Se les hizo saber, por medio de intérpretes, el objeto de que se trataba, se habló de los beneficios de la paz bajo la obediencia del Gobierno y de las leyes y habiendo manifestado los indios que se sometían, se redactó un acta en que se hacía constar. Entretanto, Cajeme, para alejar toda sospecha de que él dirigía a la asamblea, se mantuvo retirado en un bosque; al irse a firmar la acta por los que sabían escribir, mandó pedirla con dos ayudantes y un momento después, al frente de una tropa considerable ocupó la gran plaza del pueblo y acompañado de su Estado Mayor, se dirigió a los negociadores de Guaymas y les manifestó su aprobación por lo hecho, como un acto de la voluntad de la

tribu. Se le pidió que firmara la acta y contestó: “Mi palabra tiene tanto valor como mi firma y siempre han hecho la paz los pueblos sin firmar ni el papel más insignificante”.

Esta contestación puso término a aquellas negociaciones en que, por otra parte, nadie llegó a creer formales. El mismo Cajeme era el primero en no hacer méritos de ellas, pues nunca llegó a pasar por su imaginación la idea de someterse incondicionalmente sin luchar antes hasta lo último. Se mostraba deferente a lo acordado por la multitud, porque esa era la base de su sistema y el secreto de su prestigio, pero nunca podría resignarse a perder su cacicazgo. Lejos de aceptar la paz que se le proponía, activó sus preparativos de guerra; reforzó sus fortificaciones y construyó otras nuevas; mandó fabricar gran cantidad de pólvora que los indios saben hacer aunque imperfectamente y muchos arcos y flechas para los guerreros que no tuvieran armas de fuego; escondió en las quebradas de la sierra todo el ganado y las semillas que fue posible acopiar y estableciendo su cuartel general en Ráum, puso una fuerza avanzada sobre la Pitahaya para vigilar al enemigo y se dedicó con empeño a infundir en los indios el entusiasmo por la guerra.

El Gobierno Federal nombró al general Ángel Martínez jefe de la primera zona militar que comprende los Estados de Sonora y Sinaloa y el Territorio de la Baja California y a este jefe le correspondía dirigir las nuevas operaciones sobre los ríos.

En enero de 1886 llegó a Álamos y con verdadero empeño se ocupó de los preparativos necesarios para emprender una campaña vigorosa; poco después que él, llegó también a aquella misma ciudad el 12o. Batallón del Ejército con 600 plazas; se llamó del Distrito de Moctezuma el 11o. Regimiento; se organizaron fuerzas del Estado en número considerable y en el mes de marzo el general Carrillo, con una columna de 1 200 hombres, marchó de Guaymas sobre el Yaqui, mientras que el general Martínez con fuerzas que no bajarían de 1 500 hombres, iniciaba las operaciones sobre el Mayo, derrotando a los indios en varios encuentros y tomándoles algunos prisioneros. A principios de mayo el general Carrillo tomó la fortificación del Añil por medio de un combate, el general Martínez entró al Yaqui con su columna y dado

el empeño y la actividad de este jefe, todo hacía esperar un encuentro decisivo con el grueso de los indios.

No cogieron desprevenido a Cajeme aquellas operaciones; pero su inferioridad era evidente y en vano trabajaba por mantener organizadas y moralizadas sus fuerzas. Los indios tenían miedo y se le desbandaban desparramándose en pequeños grupos por los bosques y solamente con su prestigio personal y estimulándolos con la necesidad de hacer unidos la defensa común, mantenía algunos grupos considerables sobre las armas y extendía su influencia sobre todos. El caudillo indígena comprendió que no podía defenderse en las márgenes del Yaqui, en donde se le anunciaba una persecución activa y vigorosa y fue a tomar una magnífica posición en el fuerte del Batachive, en la sierra del Bacatete, en donde, además de las defensas naturales, había mandado construir otras, que hacían el punto casi inexpugnable.

Esta fortificación estaba situada como a cuatro leguas al norte del pueblo de Torin, en los desfiladeros de la sierra. Una cordillera que corre de sur a norte formaba el punto de apoyo de la espalda de los indios. Por la derecha, el frente y la izquierda, formando un arco muy cóncavo cuyos extremos se apoyaban en la cordillera, había diseminados aquí y allá distintos cerros que Cajeme mandó enlazar por medio de fuertes muros de piedras que servían perfectamente de trincheras. Dentro de este contorno que ligeramente hemos bosquejado había un valle, que era el recinto fortificado, como de una legua o legua y media de circunferencia, con un pequeño manantial.

El caudillo indio creyó que aquel era el punto más a propósito para reconcentrar sus elementos de defensa y para inflamar de nuevo, con la esperanza del triunfo, el espíritu desmoralizado de la tribu. En consecuencia, dispuso trasladar allí todos los ganados y el grano que aún había existentes; reunió dentro de las fortificaciones todas las partidas armadas de que logró hacerse obedecer y dio orden para que todos los indios, aun las mujeres, los niños y los inútiles, fueran a guarecerse allí de la persecución de las fuerzas del Gobierno. Para estimularlos a cumplir esa orden, hizo trasladar allí los santos de las iglesias, objeto el más venerado de las tribus. Estas medidas llevaron al Batachive como 4000 indios de todos sexos y edad quedando otros muchos di-

seminados a lo largo del Yaqui, dentro de los bosques y la sierra. De los guerreros quedó una guarnición en el Añil y muchas partidas de merodeadores sin lugar fijo.

Cada día se hacía la situación de Cajeme más y más difícil, pues las subsistencias comenzaron a faltarle muy pronto en el Batachive y ya no tenía cómo alimentar ni a los indios ni a los ganados. Consumidas todas las reses y los rebaños de carneros, se alimentaron con los caballos y una gran cantidad de burros, animal que abunda mucho en el Yaqui; pero esta alimentación pésima, la aglomeración en que se vivía y la falta de habitaciones para guarecerse del sol, hicieron que tomara un desarrollo espantoso la epidemia de las viruelas, causando infinitos estragos. Sin embargo, Cajeme estaba resuelto a sostenerse allí hasta el último trance, pues se creía más seguro de las fuerzas que lo perseguían que en ningún otro lugar del río.

Los prisioneros que el general Carrillo tomó en el Añil el 5 de mayo informaron de la existencia del fuerte del Batachive y de que Cajeme estaba ahí con todas sus fuerzas, y el general Martínez, aplaudiendo aquella oportunidad que se le ofrecía para acabar con la campaña de un solo golpe, decisivo, se resolvió inmediatamente a atacar la posición.

Los días 8, 9, 10 y 11 fueron empleados en reconocer la fortificación, situar las fuerzas cerca de ella, circunvalándola, para atacar por varias partes a la vez, abrir brechas y caminos en las montañas inmediatas para colocar las cuatro piezas de artillería de que se podía disponer en lugares dominantes para batir a los indios y en intentar desalojarlos a cañonazos de los cerros fortificados que ocupaban defendiendo el recinto del Batachive. No habiéndose logrado este intento, porque los indios se sostenían firmes en sus puestos a pesar del fuego de cañón, el general Martínez dispuso que el general José T. Otero, con 200 hombres tomara por asalto el cerro que defendía el flanco izquierdo de los indios; que el coronel Lorenzo Torres, con 300 hombres, hiciera la noche del 11 al 12 una marcha penosísima de seis leguas, alrededor de todos los puntos fortificados, con el fin de que escalara la montaña en que se apoyaba al norte el flanco derecho de Cajeme; que el general Carrillo, con el sexto batallón, asaltara por el oeste el centro de la fortificación, que era la parte más bien defendida y se apoyaba en

una pequeña eminencia fortificada; que el coronel Carlos B. Margain, tomara con 200 hombres del 25o. Batallón otro cerro un poco más a la izquierda de los indios y a la derecha del general Carrillo, sobre el cual había enarbolado una bandera roja, y por último, que el teniente coronel Gonzalo del Valle atacara el flanco izquierdo del enemigo con el 12o. Batallón. De las cuatro piezas de artillería una se destinó para bati- tir la derecha de los indios, otra para el centro y dos para la izquierda. Dictadas estas disposiciones se esperó a que el coronel Lorenzo Torres, que tenía a su cargo la parte más difícil de las operaciones trepara por la montaña, dominara el flanco derecho de los indios y anunciara con sus fuegos el momento del ataque.

En efecto, a las seis de la mañana del día 12, el coronel Torres apareció sobre la cordillera batiéndose con los indios que defendían aquel punto y en el acto se hizo general el ataque protegido por el fuego de la artillería.

Los indios estaban resueltos a defenderse a todo trance y aunque se acusa a Cajeme de haberlos abandonado durante la noche del 11 al 12, los otros jefes sostuvieron la lucha con verdadero valor y no abandonaron sus posiciones que cada uno ocupaba, sino después de combatir heroicamente y cuando ya no pudieron sostenerse contra el ímpetu de los soldados disciplinados y de los jefes experimentados que los atacaban. Cada una de las columnas tomó el punto que le fue señalado y los indios, empujados por todas partes, se echaron en masa sobre el coronel Torres pretendiendo envolverlo para huir por la sierra; pero este jefe, que en medio del fuego había fabricado trincheras para sus soldados, los repelió con energía y los arrolló. Los yaquis, entonces, tomando una salida que había entre los cerros del norte y centro de la fortificación, se retiraron hacia el corazón de la sierra del Bacatete, sin dejar ni un solo guerrero, ni herido, ni prisionero, ni una sola arma útil en poder de las fuerzas victoriosas. Quedaron en el campo de batalla 200 indios muertos y las fuerzas recogieron como 2000 entre viejos, mujeres y niños, muchos enfermos de la viruela y otros heridos por las balas. Los asaltantes perdieron 21 muertos y 48 heridos.



Mujeres y niños yaquis a punto de ser deportados, ca. 1903.  
Biblioteca de la Universidad del Sur de California, EUA

Después de esta derrota era materialmente imposible que los indios pudieran seguir sosteniendo la guerra. Faltos de subsistencias, desnudos y hambrientos, divididos en muchos grupos que no podían resistir a la persecución que se les hacía, diezmados por la viruela, sin municiones y perdida la fe en su sistema de fortificaciones, es natural que se apoderara de ellos el más profundo desaliento y comenzara a tener prosélitos la idea de someterse. El general Martínez lo comprendió así y, considerando terminada la campaña, expidió una proclama llamándolos a la paz y dispuso que a los que se sometieran a la obediencia de las autoridades legítimas y entregaran las armas se les extendiera un certificado y disfrutarían de todas las garantías que tienen los ciudadanos de la República, mientras que los que persistieran en mantenerse rebeldes, serían perseguidos y castigados con toda energía.

Efectivamente los yaquis comenzaron a someterse y se presentaban en grupos más o menos considerables a los jefes de los destacamentos del Cócorit, de Torin, de Pótam y de El Médano, en donde eran recibidos con humanidad y con lástima, pues se presentaban desnudos, muriendo de hambre y revelando en todo el más alto grado de miseria.

Antes de terminar el mes de mayo, ya se habían presentado los gobernadores de los ocho pueblos del Yaqui, los alcaldes, jefes y autoridades inferiores y una gran multitud de gente menuda, aunque sin entregar más armas que sus arcos y carcajes y algunos fusiles viejos e inútiles, únicas que confesaban haber usado durante la campaña.

A solicitud del general Martínez, el Gobernador del Estado Luis E. Torres, envió al río una cantidad considerable de víveres y manta para alimentar y vestir a aquellos infelices indígenas y aún el mismo Gobernador hizo un viaje a Torin para recibir la sumisión de los yaquis en acto solemne que se había preparado y en que tomaron parte todos los cabecillas sometidos. El día 27 de mayo se reunieron, efectivamente, en aquel pueblo, todos los gobernadores indios, con sus bastones con puño de plata, signo de autoridad, y acompañados de su séquito de temastianes, alcaldes, fiscales y una gran multitud del pueblo indígena. El general Crispín de S. Palomares les dijo un discurso que les fue traducido por un intérprete elocuente de su misma raza y en el cual

después de traerles a la memoria los duros sufrimientos que en todo tiempo les había acarreado la guerra, les pintó los beneficios de la paz y las grandes ventajas que recibiría la tribu de vivir bajo el amparo de las leyes y protegidos por los gobiernos. También el general Martínez y el Gobernador Torres dirigieron la palabra a los indios pintándoles los beneficios de la paz, ofreciéndoles protección y toda clase de garantías, excitándolos a que entregaran las armas que tuvieran escondidas y recomendándoles que estimularan a presentarse a los demás rebeldes y con las armas en la mano.

Todos los indios parecían haberse conmovido profundamente y levantándose todos del suelo en donde habían estado sentados, tomó la palabra el Gobernador de Vícam, Francisco Siquimea, y haciendo la señal de la cruz, protestó someterse de buena fe, manifestó su gratitud y ofreció hacer que se sometieran todos los vecinos de su pueblo. Esta protesta fue secundada por los demás gobernadores, que eran: Huírivis, Lorenzo Tomisicomea; de Pótam, Antonio Cupis; de Bácum, Juan José Yevismea; de Cócorit, Hilario Táa; de Torin, José Molina, y de Ráum, Joé M. López, todos ancianos de aspecto venerable. Faltaba el Gobernador de Belem que no se presentó sino cuatro días después.

Para terminar aquella ceremonia, el coronel Lorenzo Torres, nombrado por el Gobierno para organizar los pueblos del Yaqui, distribuyó a todos los indios presentes algunos víveres y tela para que se alimentaran y cubrieran su desnudez.

La guerra parecía haber terminado por completo. La paz comenzó a llevar al río nuevos vecinos de raza blanca que iban en busca de negocios a aquella región; se traficaba por ambas márgenes del Yaqui con la mayor seguridad y confianza, y el general Martínez, creyendo todo concluido, mandó dar de baja las fuerzas del Estado y retiró parte de las federales, no habiendo quedado más que un destacamento en el Médano con parte del primer cuadro de regimiento, otro en Torin con el sexto batallón y otro en Cócorit con el 12o. y con el resto del primer cuadro, fuerzas que se creyeron bastantes para mantener la paz. El mismo general Martínez se trasladó a Álamos adonde lo llamaron otros asuntos del servicio y quedó en el Yaqui con el mando el general Francisco Leyva.



Jefes yaquis: Villa, Tetabiate, Amarillos. Junio de 1897.  
Biblioteca de la Universidad del Sur de California, EUA

Sin embargo, había dos circunstancias para que aquella situación pudiera considerarse no enteramente bien asegurada; los indios no habían entregado las armas con que habían sostenido la campaña, y Cajeme no se había sometido. Se le había perseguido sin descanso y con tesón por la sierra, por los bosques y por las marismas, pero siempre en vano; nunca se le llegó a encontrar y parecía que era un ser imaginario, invisible, un mito creado por la fantasía de su pueblo.

Huyendo siempre, siempre recatándose, el caudillo yaqui había logrado escaparse, ora en la profundidad de los bosques, ora en las quiebras de la sierra. Tal vez tenía el deseo de someterse también, pero desconfiado, con esa desconfianza instintiva y profunda de su raza, temía ser inmolado en aras de otros intereses y de otras miras que para él estaban muy por debajo de su seguridad personal. Además, no podía conformarse con la idea de perder su cacicazgo, y creyó ver, en la retirada de las fuerzas del Yaqui, una coyuntura favorable para renovar la guerra con buen éxito; al menos, para hacer el último esfuerzo de los desesperados o de los héroes.

Mucho de su prestigio había perdido Cajeme con la derrota del Batachive, pero aún conservaba muchos adictos, que aumentaba con su decisión en continuar la guerra. Los yaquis son una raza valiente y sufrida; resisten el hambre y la intemperie y arrostran los mayores peligros con una fortaleza indomable; su principal cualidad, la que constituye la esencia de su carácter, es el amor a la tierra de sus mayores; defenderla y conservarla de todo dominio extraño, constituye el orgullo de su raza y por conseguirlo arrostran todas las penalidades con un heroísmo de mártires. Así, pues, no es raro que Cajeme, despertando ese orgullo, estimulando su patriotismo, lograra una vez más reunirlos en torno suyo para dar nuevo impulso a la guerra, guerra que consideran sagrada como consideran todos los pueblos, especialmente los pueblos primitivos, la guerra que tiene por objeto la defensa de sus hogares.

Cajeme, pues, logró reunir gran parte de los guerreros en lo más espeso de los bosques y dispuso emprender nuevamente las hostilidades. Comenzó por enviar emisarios a los indios que estaban viviendo en paz en los campamentos de El Médano, de Torin y de Cócorit para



Campamento yaqui, ca. 1890.  
Biblioteca del Congreso de Estados Unidos

que se retiraran de allí y fueran a hacer causa común con los sublevados y ordenó al Mayo que se levantaran los indios de allá.

El 21 de junio se comenzó a notar la retirada de los indios de los campamentos; el mismo día se apoderaron, cerca del pueblo de Torin, de una partida de mulas del Gobierno del Estado, el 22 asaltaron dos convoyes de arrieros, mataron a tres de ellos y robaron cuanto llevaban, y por último, en el pueblo de Vícam cogieron a varios indios de los que se habían indultado, los colgaron de los árboles y para escarmiento de los demás les pusieron entre los dientes a los cadáveres los pasaportes que les habían expedido las autoridades militares.

El cabecilla yaqui había reunido los restos de su fuerza en los bosques inmediatos al pueblo de Vícam y había ocupado la fortificación del Añil. Algunas exploraciones practicadas por el coronel Torres habían dado a conocer esto y el general Leyva se propuso tomarles aquel fuerte; los indios casi no lo defendieron y después de unos cuantos disparos huyeron dejándolo en poder de Leyva, que lo ocupó el 6 de julio.

Los mayos, instigados por Cajeme, pretendieron verificar un nuevo alzamiento y para decidirse se reunieron a inmediaciones del pueblo de Santa Cruz protegidos por los bosques, pero los descubrió el coronel Antonio Rincón, los atacó y los dispersó haciéndoles algunos muertos.

Por el rumbo de Torin y Bácum, los generales Carrillo y Otero y el coronel Torres emprendieron expediciones por los bosques en busca de los sublevados; pero no encontraron más que pequeñas partidas de ellos que huían y se perdían en la espesura al sentir la persecución.

El general Martínez dispuso que se regresaran al Yaqui las fuerzas que había retirado de allí, con el fin de emprender nuevamente la campaña con mayor vigor; se propuso perseguir incansable y tenazmente a los indios que de nuevo emprendían la guerra y no descansar hasta aniquilarlos y vencerlos, hasta dejarlos impotentes para hacer nuevos alzamientos.

Cajeme comprendió que para reanimar el abatido espíritu de su tribu, necesitaba obtener un triunfo pronto, antes de que pudieran volver al río las fuerzas que se habían retirado y lo abrumaran con una persecución incontrastable. Al efecto, quiso tomar la ofensiva y

empleando inauditos esfuerzos, logró reunir una masa de 1 500 indios de caballería e infantería con los cuales formó el proyecto de atacar el pequeño destacamento de El Médano y destruirlo, con lo cual, además del daño que causara, conseguiría apoderarse de una cantidad considerable de provisiones de boca, que en aquellas circunstancias hubiera sido un botín precioso.

Este proyecto estaba bien concebido y si los jefes del Gobierno se descuidaran un momento y le dieran tiempo a Cajeme de ejecutarlo, es indudable que los yaquis recobrarían la moral perdida, se harían de elementos para ellos de mucha consideración y podrían prolongar la guerra todavía por mucho tiempo. Pero aquellos jefes estaban alerta y no querían descansar un momento en las operaciones para castigar severamente a los que, después de concertar la paz, habían faltado a sus compromisos y vuelto a encender la guerra. El general Carrillo dispuso que el incansable coronel Lorenzo Torres, con una columna de cerca de 450 hombres de caballería e infantería, tomados de los varios destacamentos del Yaqui, emprendiera una expedición por la margen izquierda para buscar a los indios entre los bosques y las marismas de la costa. Después de recorrer los puntos llamados Chipoca, Tobarí, Güitevos, Médanos Blancos, Llibay y Moscobampo, guiado por algunos prisioneros que había logrado aprehender, el coronel Torres se encontró en el último de estos lugares el 22 de julio, las fuerzas de Cajeme que se dirigían al Médano a ejecutar su proyecto. Con una maniobra ingeniosa logró el coronel Torres que los yaquis abandonaran una posición ventajosa que ocupaban y los atrajo a unas playas llamadas de Guichamoco, y allí se entabló el combate. El coronel Torres tenía cerca de 450 hombres y aunque los indios eran triple número, estaban desmoralizados, hambrientos y carecían de disciplina. Sin embargo, se batieron con denuedo, resistieron las cargas que se les dieron por el frente y por los flanco, y lejos de desmayar ante la acometida de nuestras tropas, cargaban desesperadamente resueltos a disputar la victoria y se batían cuerpo a cuerpo con los soldados. En el momento decisivo el coronel Torres mandó armar la bayoneta y lanzó a toda su infantería sobre los indios, ordenando que la caballería les tomara la retaguardia; con esto comenzaron a desmoralizarse y poco

después echaron a huir, pero sin dejar en poder del vencedor ni un herido ni un prisionero, y sin que pudiera perseguírseles por entre los matorrales y por el cansancio de la tropa. Reconocido el campo, se encontraron 62 indios muertos y las huellas de sangre de los heridos que se llevaban los que huían. El coronel Torres tuvo un oficial y cinco soldados muertos y 12 heridos.

Me he detenido en la narración de este combate, así como en el del Batachive, porque fueron los más importantes de toda la campaña y ambos de resultados casi decisivos, porque pusieron a los indios en la imposibilidad de seguirse defendiendo con esperanzas de alcanzar ni el triunfo más leve. Naturalmente la desmoralización fue en ellos completa con esa nueva derrota y el desbandamiento se hizo general. Cajeme se empeñaba inútilmente por rehacerse y todas las noticias que de él se adquirían, daban a entender que sólo mantenía consigo una pequeña escolta, con la cual se andaba escapando de bosque en bosque.

El general Martínez procuró imprimir todavía mayor actividad a la persecución; estableció un nuevo destacamento en Bácum, ordenó que el general Carrillo hiciera una batida por los bosques inmediatos a aquel pueblo y calculando que los restos desbandados de los indios se hubieran refugiado por las marismas, destacó dos columnas para que los persiguieran, una a las órdenes del general Otero y otra a las del coronel Torres; pero ni estos jefes, ni el general Carrillo pudieron nunca encontrar una reunión considerable de yaquis; a veces tenían que sufrir alguna descarga que les hacía desde un bosque impenetrable alguna pequeña partida de merodeadores; se echaban a perseguirla y cuando más lograban atrapar alguno que moría enseguida. Una expedición de cuatro, seis o más días por entre la espesura o por las marismas, no daba, generalmente, más resultado que matar dos o tres indios, tomar prisionera alguna familia indígena que andaba errante y perder uno o dos soldados, muertos o heridos por las balas traidoras disparadas desde el fondo obscuro de un mezquital.

De esa manera, la guerra se había convertido en una mutua cacería en que por lo común tocaba a los indios la peor parte. A la vez que con aquella terrible persecución de las tropas, tenían que luchar con la epi-



Campamento yaqui, 1897.  
Fotomecánico. Acervo INEHRM

demia de las viruelas, con la desnudez y con el hambre. No los había dejado la guerra hacer sus pequeñas siembras y carecían absolutamente de maíz, base de su alimentación; habían consumido ya todos los ganados del río y si alguno había logrado salvar unos cuantos animales, huía con ellos sin descanso para escaparlos o para que le sirvieran para su propia subsistencia y la de su familia. Acosadas por el hambre, algunas partidas cruzaron el río para venir a la margen derecha en busca de alimentos. En el mes de agosto se hicieron sentir por Cruz de Piedra, Providencia y hasta cerca de San Antonio, en donde se robaron algún maíz y varias cabezas de ganado y tomando prisioneros a varios sirvientes, también yaquis, aunque pacíficos, de aquellas haciendas, huyeron rumbo a la sierra del Bacatete; pero el general Hernández había salido del Médano a hacer una expedición por la montaña y los encontró en su retirada, los batió y les quitó el ganado y los prisioneros.

Entretanto, Cajeme parecía no existir y era vano el afán que se empleaba en buscarlo por todas partes; muchas veces creyeron los jefes que lo perseguían estar a punto de atraparlo, pero jamás lo conseguían; en el momento de ponerle la mano, se disipaba como una sombra. A pesar de todos sus apuros, el jefe indio persistía en defenderse y procuraba infundir en los demás su propia energía y el espíritu de su indomable resistencia. A fuerza de perseverancia y de actividad, huyendo siempre y siempre temiendo ser cogido, logró reunir como 800 guerreros en lo más intrincado de los bosques de Bácum, en donde vivían por milagro. El 31 de agosto salió de aquel pueblo el capitán Luis G. Enciso con una fuerza de 100 hombres a practicar un reconocimiento por un lugar llamado Chumianpaco, y los indios, creyendo encontrar una oportunidad para destruir aquella fuerza, la atacaron con denuedo resueltos a vencerla. El capitán Enciso se defendió con la energía de un héroe y sostuvo el combate desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde. A esta hora le llegó un refuerzo de 60 hombres enviados desde Cócorit y creyendo los indios que era de mayor número, se retiraron llevándose 12 muertos de la fuerza de Enciso y algunas armas y dejándole 28 heridos. Según el parte rendido por este oficial, los indios perdieron como 100 hombres, número que me parece exagerado, pero que no tengo medios de rectificar.

Las fuerzas que hacían la campaña en el río Mayo, habían emprendido una persecución muy vigorosa sobre las pequeñas partidas de indios que se mantenían armados. El coronel Antonio Rincón, después de limpiar ambos márgenes de aquel río, recorrió con una columna el territorio comprendido entre él y el Yaqui y en diversos combates en que destruyó algunos grupos de sublevados, les hizo 28 muertos y 72 prisioneros.

Parecía increíble que los indios se sostuvieran todavía después de tantos reveses y cuando a causa del hambre morían aún más que por manos de los soldados. Cajeme comprendió que era imposible sostenerse más tiempo en el Yaqui, en donde por completo se habían agotado los medios de vivir y determinó trasladarse, con cuantos guerreros pudo reunir, a la inmediata sierra de Bacatete. En esta última posición siquiera podría hacer excursiones por los ranchos vecinos para proveerse de subsistencias y esconderse, enseguida, en los quiebres de la montaña, mientras el transcurso del tiempo le deparaba una oportunidad para renovar la lucha. No le salió enteramente mal este proyecto, pues durante el mes de septiembre varias partidas de indios destacadas de la sierra se apoderaron de algún ganado del rancho de San Lorenzo, lo llevaron a la sierra y pudieron mitigar el hambre, que llegaba ya a su último grado. Ejecutaban estas depredaciones sin ser molestados, pues las fuerzas habían quedado a sus espaldas, en el Yaqui, a larga distancia y con la cordillera del Bacatete de por medio. Cuando el General en Jefe recibía en Álamos las noticias de esos merodeos o las recibían los jefes de los destacamentos del Yaqui o el Gobernador del Estado en Hermosillo, ya los indios habían tenido tiempo de sobra para regresar a la sierra.

Tan bien le habían salido a Cajeme sus expediciones, que resolvió emprender una personalmente con el fin de recorrer varios ranchos y apoderarse del mayor número de ganado que fuera posible, pues temía que pronto se le habían de impedir aquellas salidas y deseaba aprovechar el tiempo acopiando en sus madrigueras todas las provisiones que pudiera recoger. Efectivamente, habiendo reunido unos 500 indios, emprendió con ellos la marcha el 26 de septiembre, atravesó la sierra y pasando por Punta de Agua, atacó el rancho llamado Pocitos

de Aguirre, en donde los vecinos se defendieron encerrados en una casa, y en pocos días recorrió los ranchos de El Álamo, Las Sanguijuelas, San Lorenzo y Las Chinchas, inmediatos al pueblo de San Marcial, recogiendo cuanto ganado encontraba. En Pocitos de Aguirre fueron muertos por los indios Don Fermín Escobar y José Valencia.

El general Topete, que tenía a la sazón el mando inmediato de las fuerzas del Yaqui, al saber las primeras depredaciones de los indios, destacó de Torin al general Lorenzo García con una columna de 400 hombres de infantería federal y del Estado para que persiguiera a los yaquis refugiados en la sierra. Algunos prisioneros que este jefe logró coger, le informaron que Cajeme había salido rumbo a San Marcial y se propuso seguirlos, dando aviso al gobierno del Estado de su marcha. A la vez, y cuando los indios se habían sentido en Pocitos de Aguirre el Secretario de Gobierno, por ausencia del Gobernador del Estado que había emprendido un viaje a Moctezuma, mandó de Hermosillo al Capitán del 11o. Regimiento, Miguel Rivera con 25 hombres de este cuerpo y 35 de la guardia nacional, con el fin de que se reuniera en el Mineral de Las Prietas, con 25 hombres más, organizados allí violentamente, y otros 30 que tenía el Gobierno del Estado de guarnición en San Antonio y que también se habían hecho marchar para el mismo lugar. El día primero de octubre ya el capitán Rivera había reunido esos 115 hombres en las Prietas y emprendía su marcha en busca de los indios. Por otra parte, Don Francisco Tapia había organizado en la Hacienda de La Misa 50 hombres de caballería y marchó con ellos por El Reparo, procurando incorporarse con Rivera. Todo se preparaba para darle un nuevo golpe a Cajeme y habría sido necesario que éste estuviera informado con oportunidad de los movimientos de esas fuerzas y de la marcha del general García para que hubiera podido escaparse huyendo violentamente a las montañas. Pero Cajeme ignoraba lo que se tramaba en su contra y con toda tranquilidad y sin apuro se dirigía a la sierra con sus guerreros y una partida considerable de ganado que había podido recoger en los campos. El general García apresuró su marcha y el día 2 de octubre se le reunió cerca de El Reparo Don Francisco Tapia con sus 50 caballos. Había dejado a los indios a sus espaldas pues carecía también de noticias e ignoraba el lugar donde podría

encontrarlos y tuvo que contramarchar, guiado por la caballería de Tapia, para seguir las huellas de Cajeme. El 3 en la madrugada llegó al campamento donde los indios habían pernoctado, en un punto llamado Paloscahui (Cerro de las Liebres), no lejos de San Lorenzo. Los indios descansaban aún, ignorando que tuvieran tan cerca al enemigo y el general García procuró circunvalarlos en silencio para tomarlos a todos prisioneros o hacerles mayores destrozos, pero la operación no fue bien ejecutada y habiendo sentido los indios el movimiento, huyeron dispersos, en medio del tiroteo que les hicieron las fuerzas. La caballería de Tapia los persiguió acuchillándoles. Los yaquis dejaron 30 muertos en el campo y algunos rifles. La fuerza de Tapia tuvo un muerto y la del general García un herido. El capitán Rivera supo este acontecimiento en Punta de Agua y de allí regresó a Hermosillo.

A pesar de este nuevo descalabro, los indios volvieron a salir de la sierra sobre el rancho de San Lorenzo y el 8 de octubre se apoderaron de una nueva partida de ganado. También por el Rancho de Buenavista hicieron varias salidas; atacaron el día 18 el Rancho de El Cajón, cerca de Baroyeca, incendiaron una casa y dieron muerte a un individuo y por el Valle de Guaymas salían continuamente pequeños grupos que se apoderaban de los animales que encontraban, y robaban los sembrados. De esta manera habían conseguido alimentarse y recobraron su acostumbrada audacia, quebrantada más que por la persecución que se les hacía, por el hambre. En el camino de El Médano había algunos indios sometidos viviendo bajo la protección de las fuerzas, y queriendo los sublevados castigarlos por haber adoptado el partido de la paz, un día se acercaron al campamento, se pusieron en acecho y aprovechando un momento en que los indios pacíficos se retiraron un poco de los vivacs, los sublevados hicieron prisioneros a 10 de ellos y se los llevaron al bosque, en donde tal vez fueron inmolados para ejemplo de los demás que pretendieran someterse.

Alentados por el ejemplo de los yaquis los mayos comenzaron también a moverse y se pudo notar que pretendían de nuevo reunirse en los bosques para continuar la lucha.

Pero esta defensa heroica de los indios no podía prolongarse por más tiempo. Muchos de ellos, perdida ya la fe en el tiempo y aguijo-

neados por el hambre y la miseria, habían abandonado el Yaqui y la sierra refugiándose en las haciendas del Valle de Guaymas y en los ranchos y poblaciones del interior, adonde llegaban en pequeños grupos solicitando pan y trabajo; otros se sometían a las fuerzas y vivían a las sombras de los campamentos y muchos habían muerto por las balas, por el hambre y por la peste. Los que se mantenían armados, defendiéndose todavía, eran ya muy pocos y éstos dispersos en pequeñas partidas que era inútil pretender reunir. Cajeme comprendió que llegaba el momento de sucumbir, que no era posible sostenerse más en aquella lucha y tuvo la idea de someterse, pero de someterse a su manera, como en otras épocas se habían sometido los indios después de dos o tres combates en que, no obstante haberlos vencido comprendía el Gobierno que no podía dominarlos por completo sino al fin de una larga y penosa campaña y retiraba sus fuerzas de los ríos dejando a los indios en su vida independiente y sin más freno que una protesta de sumisión.

Con la esperanza de lograr una vez más este resultado, Cajeme, que había vuelto al Yaqui, mandó un indio a que se presentara al general Hernández Jefe de la Guarnición de El Médano, y le dijera en su nombre que varias veces se le habían enviado proposiciones de paz por medio de indios prisioneros (lo cual era cierto) que si efectivamente el gobierno quería terminar la guerra, se lo dijeran por escrito, pues él estaba dispuesto a aceptar aquellas proposiciones. El general Hernández recibió al enviado de Cajeme el 18 de octubre y después de oír el mensaje le dirigió al jefe indio una comunicación oficial y una carta en que a él y a todos los suyos les ofrecía que serían respetadas sus vidas e intereses si se sometían, haciéndole presente que el Gobierno deseaba la paz en provecho de los mismos indios para que no perecieran todos por el hambre o por la guerra, y que no les exigía otra cosa que el respeto a las leyes, concediéndoles, en cambio, todas las garantías que a los demás ciudadanos de la República. Cajeme recibió los pliegos en que se le hacían estas proposiciones; pero no era eso lo que él quería, sino conservar su dominación sobre las tribus. Nada se decía allí de retirar las fuerzas de los ríos y éste era precisamente el punto principal de la cuestión. Cajeme dirigió entonces una carta al

general Hernández, carta que revela toda la insolente energía y toda la obstinación de aquel indio. Es digna de que la conozca el público y la copio textualmente, a pesar de todas sus incorrecciones:

Río de Yaqui octubre 19 de 1886.—Señor General Juan Hernández.—Médano.—Señor General: de todos sus destacamentos que tienen ustedes en ese río, varias veces nos han mandado algunas tristes mujeres que han agarrado presas en los campos y también algunos indígenas que han tomado prisioneros que por casualidad les han perdonado la vida y por medio de estos poblanos y poblanas, nos han mandado ustedes ofrecer la paz en palabra y también por escrito sin ningún carácter oficial; pero aún sin embargo de esto, si a ustedes les conviene hacer la paz, yo la recibo con mucho gusto en unión de todos los habitantes de este río y del Río Mayo y desde luego someternos todos en unión a la obediencia del Gobierno, bajo la condición de que dentro de 15 días, se retiren todas las fuerzas del Gobierno que están en este río para Guaymas o Hermosillo, y de no hacerlo así, pueden ustedes obrar de la manera que les convenga; yo en unión de mi Nación estamos dispuestos a hacer la última defensa que hacen todos los hombres, por ser un deber sagrado que sostiene el hombre hasta la última diferencia. No ofreciéndose más, espero que tendrá usted la bondad de contestarme para mañana a vuelta de correo. Su atento y s s. José M. L. Cajeme.—Río de Yaqui y Mayo.

Aunque el general Hernández comprendió que estas negociaciones no obtendrían ningún éxito, contestó a Cajeme que el río Yaqui no era una nación diferente de la República Mexicana, que el Gobierno podía mantener sus fuerzas donde le pareciera conveniente para hacer respetar las leyes, guardar el orden y dar garantías y tranquilidad a los ciudadanos y a los pueblos y que, por lo mismo, no debía exigir la condición de que se alejaran las fuerzas del Yaqui porque no era de concedérsele. Con esto quedó terminado aquel incidente, pues ya a Cajeme le pareció ocioso continuar la discusión.

Para comunicar nuevo impulso a las operaciones y evitar las depredaciones de los indios, el general Martínez que estaba en Álamos se vino a Cócorit, después de ordenar al coronel Rincón que saliera de Navojoa con una columna de fuerzas y recorriera las márgenes del Mayo hasta Santa Cruz. En Cócorit dispuso que el general Hernández emprendiera del Médano una nueva expedición sobre la sierra del Bacatete y al Teniente coronel Gonzalo del Valle lo destacó sobre la costa, en donde se creía que se habían refugiado algunas partidas de yaquis. Al general Otero le había encomendado desde Álamos la vigilancia desde Buenavista hasta el Valle de Guaymas, para evitar las salidas de los indios de la sierra.

El coronel Rincón recorrió el Mayo como se le había prescrito, encontró diversos grupos de indios, los batió haciéndoles 12 muertos, y regresó a Navojoa el 29 de octubre con 121 prisioneros de ambos sexos y de todas edades. El general Hernández hizo una batida por la sierra, encontró también pequeñas partidas de indios que huían, mató cuatro de ellos y por Los Pilares y La Misa regresó a El Médano el 1o. de noviembre. La misión más difícil era la encomendada al general Otero, pues a más de la extensión de la línea que tenía que cubrir, no contaba con más fuerza que unos 40 caballos del 11o. Regimiento que se habían puesto a su disposición en La Misa, pues aunque se les autorizó para disponer de las guardias nacionales de Buenavista y Cumuripa, carecía de armas y, sobre todo, de recursos para ponerlas en campaña. Sin embargo, no desmayó en el cumplimiento de su deber; con algunos vecinos que pudo reunir persiguió hasta Torin a una partida de yaquis que apareció por cerca de Baroyeca, situó en La Bonancita el piquete de caballería 11o. Regimiento y con esta pequeña fuerza y con 30 hombres de guardia nacional que puso a sus órdenes el Gobierno del Estado, se ocupó de vigilar e impedir las excursiones de los indios de la sierra, hasta que el General en Jefe reforzó esta línea con más fuerzas.

Estas medidas hacían cada día más aflictiva la situación de los indios. La falta de medios de subsistencia había llegado al último extremo desde que ya no podían salir a recoger ganado en los ranchos inmediatos al Bacatete; cada día aumentaba el número de los que salían huyendo del Yaqui horrorizados de aquella situación y extenuados por

el hambre, y, en consecuencia, el número de los que aún se mantenían firmes era cada día más escaso. Cajeme había abandonado la sierra para volver al río y apenas lograba mantener a su lado un corto número de indios adictos con quienes, huyendo día y noche, se escapaba de bosque en bosque. Sin embargo, su carácter no se doblegaba ante el infortunio y a pesar de aquel estado de miseria, aún procuraba defenderse, aún sostenía una lucha sin esperanza y procuraba hacer todo el daño posible al enemigo, cuando podía aprovechar una oportunidad. El 30 de octubre un grupo como de 100 indios atacó a una escolta del 12o. Batallón que cuidaba las mulas de este cuerpo a inmediaciones de Torin, le mató dos soldados, hirió al oficial y se llevó cuatro mulas. Estos incidentes, que se repetían cada vez que alguna pequeña fuerza se separaba de los destacamentos o de las columnas expedicionarias, obligaban a los jefes a ser precavidos y les demostraban que aún era necesario no tener confianza en el abatimiento de los yaquis. Por lo demás, la persecución continuaba sobre ellos incesante; se comprendía la necesidad de no dejarles un momento de descanso y no se les dejaba.

En los primeros días de noviembre los generales Hernández y Topete emprendieron una nueva expedición por ambas márgenes del Yaqui, por los lugares que algunos prisioneros señalaban como guaridas de los indios. Durante 14 días que duró esta operación hubo varios tiroteos con pequeñas partidas de yaquis que aparecían por los bosques y huían sin hacer gran resistencia, se les hicieron varios muertos y se les cogieron como 300 prisioneros, entre ellos el General del pueblo de Vícam. Enseguida, el general Hernández destacó tres columnas con 200 hombres de infantería y el primer Cuadro de Regimiento, dos por un lugar llamado el Buiarume y la tercera hacia las marismas de la Pitahaya. Las dos primeras encontraron en el Buiarume un grupo considerable de indios dispuestos a defenderse; se trabó el combate y fueron derrotados perdiendo 12 muertos. El suegro de Cajeme, un indio de edad muy avanzada de nombre Tachino, salió herido en este encuentro y murió poco después. Por lo bien armados que estaban estos indios y por sus vestidos, se creyó que serían la escolta de Cajeme.

A fines del mismo mes de noviembre, el coronel Rincón batió a varias partidas de mayos en terrenos de Yucuruibampo y El Carrizo,

tomándoles 37 prisioneros y haciéndoles seis muertos. En diciembre, otra partida de mayos atacó un pequeño destacamento que había en Santa Cruz, pero fueron rechazados y perdieron algunos muertos.

En el Yaqui había sido y continuaba siendo tan activa, tan terrible la persecución contra los restos de aquella heroica tribu, que los grupos que aún se conservaban armados, no pudiendo, una vez más, sostenerse en las márgenes del río, repitieron la operación de volver a la sierra del Bacatete, con la esperanza de encontrar un refugio más seguro en la montaña y de poder proveerse de alimentos ejecutando algunas salidas, ora por el Valle de Guaymas, ora por los ranchos situados al norte de la cordillera. No mejoró en la sierra la situación de aquellos desgraciados, pues además del hambre tenían que sufrir un invierno riguroso sin tener ni harapos para cubrirse. Acosados por la más apremiante de todas las necesidades, salieron de la sierra la noche del 6 de diciembre más de 200 indios, llegaron a la pequeña hacienda de La Jaimea y se llevaron como 100 fanegas de maíz y 40 bueyes, recurso precioso para ellos en aquellas circunstancias. Bien caro lo pagaron, por cierto. El piquete del 11o. Regimiento que estaba situado en La Misa y algunos vecinos de esta hacienda, los persiguieron inmediatamente, los alcanzaron ya internándose en la sierra y les hicieron siete muertos. No fue esto todo, pues enseguida la misma fuerza del 11o. y 30 hombres del Estado que mandaba el capitán Ignacio Ramos emprendieron una campaña sobre la sierra y en diversos tiroteos mataron 30 indios y recogieron algunas armas y animales.

Además, el general Otero por la parte de la cordillera que se llama El Tacale, batió varias partidas de yaquis haciéndoles 17 muertos.

Las miserias que sufría la tribu habían llegado al último grado de exasperación. Sin haber podido sembrar porque no se los permitió la campaña, consumidos ya los ganados de una manera completa y sin poder proveerse de alimentos en ninguna parte los indios se morían de hambre. Sin ropa para abrigarse, sin habitaciones, obligados a huir siempre y en medio de un invierno riguroso, sufrían horriblemente por el frío. Era una fortuna para ellos encontrar un campo de bledos y tener tiempo para coger la semilla y hacer con ella un alimento grosero e insuficiente que comían con avidez. El bledo, que es un mal forraje

para las bestias era para los indios un regalo. Para escaparse del frío por la noche sin encender fuego que los descubriera al enemigo, hacían excavaciones en el suelo, se acostaban en ella dejando solamente la cabeza y se cubrían con la tierra que habían removido. Así, medio sepultados, escapaban siquiera del viento helado de la noche.

Muchísimos eran los que habían muerto en la guerra y sin duda eran todavía más los que habían perecido por el hambre, el frío y la viruela. Varios jefes habían muerto, entre otros los gobernadores de Vícam y de Bácum, el suegro de Cajeme y el Jefe de la Caballería yaqui Luis Miranda. Los que aún quedaban no tenían más perspectiva que una muerte segura a manos de las fuerzas perseguidoras o, lo que era todavía mil veces peor, por el rigor de la miseria.

Los indios comprendían perfectamente bien esta situación, como que veían todos los días los estragos en ella, y aunque los más obstinados insistían aún en llevar adelante una defensa imposible, muchos de ellos comenzaron a presentarse en los campamentos pidiendo paz. En diciembre se presentaron en Cócorit de una sola vez, más de 100 guerreros armados y otros muchos sin armas. Con estos indios que se presentaban y los prisioneros que se cogían, era ya muy considerable la cantidad de ellos que había en los campamentos; solamente en Cócorit se contaban más de 4000. La situación en que llegaban a la presencia de las fuerzas era conmovedora en extremo. Pálidos, descarnados, hambrientos y desnudos, parecían espectros que acababan de dejar la tumba. Los soldados y los jefes los veían con lástima, les daban de comer y era tal ya la falta de costumbre de alimentarse que muchos de aquellos infelices, que devoraban con avidez cuanto les daban, morían enseguida de haber comido. Así, era necesario cuidarlos dándoles los alimentos con precaución para nutrirlos poco a poco. Sin embargo, de aquella miseria tan grande, nunca se les oía proferir una queja y las soportaban con verdadero orgullo. Ni los niños revelaban jamás con el llanto el hambre que los devoraba y que tenían sus cuerpos macilentos y enjutos. La soberbia de aquella raza altiva no se doblegaba ni ante aquel infortunio sin ejemplo. Estaban vencidos, enteramente vencidos e impotentes, pero no humillados ni abatidos. La gran mayoría de la tribu, creyendo ignominioso el acercarse al vencedor para deberle un

puñado de maíz, había preferido o seguir defendiéndose en los bosques hasta no quedar uno vivo o salir clandestinamente de la sierra y del río para venir a las haciendas y poblaciones del interior a buscar la vida con su trabajo. Se vieron por entonces en Guaymas, Hermosillo y otros lugares, muchos indios extenuados por la miseria, hambrientos, casi sin poder sostenerse, buscando que comer al amparo de los de su raza que viven constantemente en dichas poblaciones.

El general Martínez hacía los mayores esfuerzos para poder alimentar aquella multitud hambrienta. Consiguió que el Gobierno General mandara abonar 10 centavos diarios para cada indio, pero como esto, aunque era un alivio, no era suficiente para mantenerlos, el Gobierno del Estado tenía, por su parte, que estar remitiendo constantemente al Yaqui subsistencias para aquellos desgraciados y manta para que cubrieran su desnudez. El Gobernador Torres promovió en el comercio de Guaymas una suscripción en favor de los indios y consiguió reunir 2000 pesos, suma que se invirtió por una junta de comerciantes nombrada con el fin de remitir a los yaquis sometidos en los campamentos, algunos víveres y ropa, que mucho les sirvieron en su desesperada situación.

La guerra, evidentemente, estaba concluida con el aniquilamiento de los indios, pero como el general Martínez conocía la tenacidad de éstos y Cajeme aún permanecía entre ellos, comprendió que era necesario no dejar un solo grupo de yaquis lejos de la vigilancia de las fuerzas, porque en la primera oportunidad que se les presentara podían de nuevo empuñar las armas y prolongar todavía más la lucha. Los márgenes del Yaqui fuera de los campamentos estaban desiertas; por ninguna parte se encontraba un solo indio a no ser los que estaban sometidos o prisioneros, bajo la vigilancia inmediata de las fuerzas y era necesario buscar, donde quiera que estuviera, el resto de la tribu, reunirlos donde pudiera ser vigilada y hacerla comprender que no se trataba de su exterminio. Muchos eran los indios que se habían refugiado en Guaymas, Hermosillo y las haciendas agrícolas de ambos Distritos, muchos eran también los que había en los campamentos, pero aún no eran todos, faltaban tal vez, los más guerreros, los más obstinados, y, sobre todo, Cajeme y varios de sus más importantes lugartenientes

que, mientras no fueran aprehendidos, constituían un serio amago a la tranquilidad de los ríos. El general Martínez tuvo noticia de que en las islas del Siari y de Lobos, muy cerca de la costa del Golfo de Cortés, se habían refugiado muchos indios con algunos cabecillas y entre ellos Cajeme, y dispuso hacer una expedición a aquellos lugares. El 25 de diciembre el coronel Lorenzo Torres, se embarcó en Guaymas en el vapor nacional "Demócrata", con algunas fuerzas y el 28 lo siguió el general Martínez en el "Korrigan", vaporcito de la compañía minera del Boleo, en la Baja California. El coronel Rincón había recibido orden de marchar por tierra y reunirse en Siari con el coronel Torres, pues la faja de agua que separa aquella isla de la tierra es vadeable en las bajas mareas. El coronel Torres logró desembarcar en ella, recogió algunos indios y los condujo a bordo del "Demócrata"; desembarcó, asimismo, en otra isla llamada El Piano y recogió allí otros indios y el general Martínez hizo igual operación en la isla de Lobos, reuniendo en junto una cantidad como de 400 indios. Casi al mismo tiempo que se practicaban esas operaciones el general Hernández emprendió una expedición sobre la sierra y tuvo la fortuna de que se le presentara una multitud como de 1 000 yaquis a quienes trasladó al Médano. Parece que Cajeme estaba en el Bacatete con una escolta y cuando iba a ser aprehendido se defendió y logró huir perseguido por 30 caballos del primer Cuadro de Regimiento. De Hermosillo salió una pequeña fuerza de caballería del Estado, procurando cortarle la retirada hacia la frontera, pero sin obtener ningún resultado, pues Cajeme era una especie de fantasma que se desvanecía como una sombra en el momento de ponersele la mano encima.

Esas fueron las últimas operaciones de la campaña, la cual terminó con el año de 1886. Los indios estaban dominados y el objeto de la guerra, la pacificación de las tribus, se había obtenido, por la fuerza de las armas y no por la persuasión, es cierto, que de todos modos, los indios estaban sometidos, habían terminado como entidad independiente y ya éste era el principio de una obra humanitaria y grandiosa; su civilización o incorporación a la masa común de los ciudadanos de la República. Es verdad que Cajeme y otros jefes temibles habían logrado escapar; pero no lo es menos que andaban huyendo o estaban escondidos,

con las manos atadas, sin elementos ningunos para renovar la lucha, cansados por la defensa heroica que habían hecho, y apenas podría pensar en sustraerse a la persecución que de todas partes se les hacía. Otros varios cabecillas, entre ellos Jesús Maldonado, que era de los más encarnizados y tenaces, habían sido cogidos y fusilados para evitar que volvieran a trastornar la paz.

Terminada la guerra, la tranquilidad era completa en ambos ríos y desde antes del mes de diciembre ya se podía viajar por ellos con entera seguridad. Al Yaqui principalmente, comenzaron a acudir muchas gentes de los pueblos vecinos, es decir, de Bayoreca, Quiriego, Rosario, Batacosa, Buenavista y Cumuripa, unos a hacer el comercio con las tropas de las guarniciones, otros llevando sus ganados para establecer sus crías y otros con el fin de cultivar aquellos feracísimos terrenos.

Los destacamentos habían tomado ya un carácter permanente en algunos de los lugares del río como El Médano, el Añil y Cócorit y bajo la dirección de los jefes militares se han comenzado a formar allí poblaciones que serán la base de una tranquilidad permanente y de la civilización de la tribu.

Nuestro héroe, el indomable Cajeme, perseguido sin cesar en la montaña como en las márgenes del Yaqui, comprendió que no podía permanecer más tiempo en aquellos lugares, en donde por otra parte, ya no tenía misión que llenar y vino a refugiarse a San José de Guaymas, en la casa de un individuo de nombre Galaz. Desde el 6 de febrero de 1887 estuvo allí escondido, sin que los que lo sabían pensarán en descubrirlo. El 11 de abril una india que conocía el secreto lo reveló a Don Salvador Armenta, Administrador de Rentas de Guaymas; éste lo participó a Don Francisco Seldner y como ni tenían seguridad de que fuera cierto, ni se atrevían a procurar desengañarse por temor de que se escapara el cabecilla yaqui, si realmente estaba allí, temían dar aviso al general Martínez, que se hallaba en Guaymas, pues no querían engañarlo con una noticia que podía ser falsa. El Gobernador Torres estaba a la sazón en Nogales, Seldner les avisó por telégrafo lo que sabían y en la misma noche, en un tren extraordinario, el Gobernador se trasladó a Guaymas, se impuso del origen de la noticia, la comunicó al general Martínez y este jefe, en la mañana del 12, con una pequeña



José María Cajeme, retrato, ca. 1885.  
© (419611) SECRETARÍA DE CULTURA, INAH, SINAFO, FN, MX.

escolta se trasladó personalmente a San José de Guaymas, encontró a Cajeme en la casa donde estaba refugiado y lo aprehendió, no sin que el valiente yaqui, que estaba armado, hubiera pretendido defenderse.

El general Martínez obró generosamente con su prisionero; lo alojó en su misma habitación, lo trajo con las mayores consideraciones y procuró hacerle lo menos dura su terrible suerte. La familia de Cajeme estaba en Guaymas, permitió que se trasladara al lado de éste y causaba verdadero interés ver al jefe yaqui durante los días de su cautividad ocuparse de enseñar a leer a su pequeño hijo. Como es natural, el público tenía gran curiosidad de conocer al valiente guerrero indio y muchísimas personas fueron a visitarlo. Él las recibía a todas con amabilidad y una eterna sonrisa que no abandonaba sus labios; contestaba con naturalidad y sin encogimiento a cuantas personas se le hacían y revelaba con todo una sangre fría inalterable y una energía sin límites. Los indios ocurrieron en masa a verle y un día que una multitud de ellos se agrupaba a la ventana para contemplarlo, ocurrió una escena tan sencilla como conmovedora. Una pobre india desató una pequeña moneda que llevaba envuelta en un pañuelo, quizá lo único que tenía para sus hijos, y acercándose a Cajeme con el mayor respeto, se la dio. Cajeme la tomó conmovido, no pudiendo ocultar una lágrima que rodó de sus ojos.

En aquellos días estuve en Guaymas y fui también a conocerlo. Creía encontrarme con un indio corpulento, silencioso y de expresión feroz en el semblante y no dejó de sorprenderme ver un hombre de mediana estatura, delgado sin ser flaco, con una sonrisa astuta en una boca desmesurada, de ceño simpático y blando y comunicativo como pocos indios. Hablé con él largamente, le pregunté por algunos de los rasgos de su vida que yo no conocía, le hablé de otros que me eran conocidos y a todo me contestó siempre con desembarazo, haciendo gala de una memoria prodigiosa, recordando con precisión fechas y detalles y empeñándose por demostrar que nada ocultaba. Me dijo que comprendía la necesidad de una nueva existencia para los indios, basada en su sumisión al Gobierno y que no creía que volverían a rebelarse porque el castigo que habían recibido era muy severo. “Antes como antes, y ahora como ahora —decía—, antes éramos enemigos

y peleamos; ahora está todo concluido y todos somos amigos”. Me refirió muchos de los incidentes ocurridos en el Yaqui durante su dominación, haciendo siempre alarde de su patriotismo como mexicano.

Decía que en una vez un americano había mandado decirle que quería construir un ferrocarril al Yaqui para explotar el carbón de piedra que hay en aquella región, pretendiendo el permiso de la tribu y ofreciéndole, en cambio, que arreglaría con el Gobierno General la cuestión de los terrenos de los indios y que obtendría títulos para que todo fuera de ellos. “Yo le contesté —decía Cajeme— que nosotros los mexicanos no necesitamos que los extranjeros vinieran a cogernos la mano para persignarnos”. Y acompañaba a esta frase con la señal de la cruz y ejecutando la acción de persignarse. Hablándole de la campaña le pregunté cuánta fuerza tenía en la fortificación del Añil cuando logró rechazar al general Topete; me dijo que no pasarían de 300 hombres y habiéndole replicado que me parecían muy pocos, pues según el testimonio de todos los que concurrieron al ataque, debían haber sido muchos más, me contestó, con una sonrisa maliciosa: “Es porque los indios cuando están detrás de los palos se hacen muchos”. También le pregunté cómo era que estaba tan delgado habiendo sido un hombre muy obeso, según todos los que le conocieron antes de la campaña: “Porque no es lo mismo —me dijo— estar comiendo y durmiendo bien todos los días, que andar por los montes escondido sin comer y sin dormir, casi nunca”. Después de una conversación muy prolongada en que, generalmente, hablamos del Yaqui, de la organización que había dado a las tribus, del sistema que tenía para gobernarlos haciéndoles entender que todo lo que se hacía era por la voluntad de los ocho pueblos, me separé de él, quedándome una profunda impresión de simpatía por aquel indio tan inteligente y tan valeroso, último y digno jefe de una raza cuya historia está llena de rasgos de valor y heroísmo.

Cajeme estuvo en la casa del general Martínez en Guaymas hasta el 21 de abril; en esta fecha le trasladaron a la cárcel y en la noche lo llevaron a bordo del “Demócrata”. Cuando lo sacaban de la prisión para conducirlo al muelle, le entregó al jefe de Policía un pequeño lío con su ropa diciéndole que se lo entregara a su mujer, puesto que ya iba

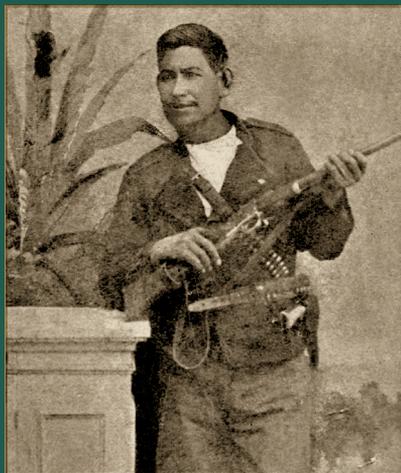


Ejecución de indios jaquis [sic], Guaymas, ca. 1900.  
Colección de Elmer y Diane Powell sobre México y la Revolución Mexicana.  
Biblioteca DeGolyer, Universidad Metodista del Sur, Texas, EUA

a morir. El Agente de Policía quiso desvanecerle aquella idea y le dijo que se quedara con su ropa, que nada le iba a suceder. “No es tiempo de gastar bromas con un hombre que va a morir”, le replicó Cajeme. El día 22 lo desembarcaron en la costa del Yaqui, y lo condujeron por toda la margen del río y el 25, al llegar al pueblo de Cócorit, lo pasaron por las armas.

Profunda impresión causó este acontecimiento en los indios que había en el Yaqui; recogieron su cadáver con el mayor respeto y le hicieron grandes exequias. El efecto producido por la muerte del jefe indígena ha sido terrible en toda la tribu, la cual considera que ha perdido su centro de unión, la inteligencia que la dirigía y el espíritu enérgico que le comunicaba valor en los peligros y constancia y resignación en la desgracia. Ha sido muy doloroso el sacrificio de Cajeme, pero él dará por resultado el afianzamiento de la paz en los ríos, base y principio de un periodo de civilización para las tribus.





RAMÓN CORRAL VERDUGO

# JOSÉ MARÍA LEYVA CAJEME

## UNA BIOGRAFÍA

fue editado por el  
INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO  
Se terminó en la Ciudad de México en abril de 2022.

SERIE ESTAMPAS DE LA REVOLUCIÓN



**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

